

PRÓLOGO DE JOSEPH PEARCE



ANTHONY MUNDAY • HENRY CHETTLÉ
WILLIAM SHAKESPEARE
THOMAS DEKKER • THOMAS HEYWOOD

TOMÁS MORO

RIALP

Anthony Munday · Henry Chettle
WILLIAM SHAKESPEARE
Thomas Dekker · Thomas Heywood

TOMÁS MORO

Prólogo de Joseph Pearce

Versión de Aurora Rice Derqui
y Enrique García-Máiquez

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

Título original: *The book of Thomas More*

© 2012 de la versión española, realizada por AURORA RICE DERQUI
y ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ, by EDICIONES RIALP, S.A.,
Alcalá, 290. 28027 Madrid (www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: produccioneditorial.com
ISBN: 978-84-321-4230-7

SUMARIO

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

SUMARIO

PRÓLOGO

NOTA DE LOS TRADUCTORES

TOMÁS MORO

ESCENA I. Una calle de Londres

ESCENA II. El juzgado

ESCENA III. Una sala palaciega en Londres

ESCENA IV. Saint Martin, en Londres

ESCENA V. Casa consistorial

ESCENA VI. Puerta de Saint Martin

ESCENA VII. Cheapside

ESCENA VIII. Chelsea. Una sala de la casa...

ESCENA IX. Chelsea. Casa de Moro

ESCENA X. Whitehall. La cámara del Consejo del rey

ESCENA XI. Jardín de la casa de Moro

ESCENA XII. La torre de Londres

ESCENA XIII. Chelsea. Una sala en la casa de Moro

ESCENA XIV. La puerta de la Torre de Londres

ESCENA XV. Chelsea. Patio interior en la casa de Moro

ESCENA XVI. La Torre. La cámara de Moro...

ESCENA XVII. Junto a la Torre. Hay un patíbulo

PRÓLOGO

De finales del reinado de Isabel o comienzos del de Jacobo, *Tomás Moro* es una de las obras literarias más intrigantes, fascinantes y misteriosas jamás escritas. No debe su importancia primordialmente a su valor literario (aunque representa un ejemplo estupendo, con sus imperfecciones, de la dramaturgia inglesa de comienzos de la modernidad), sino a su significación histórica. Obra pro-católica, escrita en tiempos muy anti-católicos, deja entrever la naturaleza de la censura estatal inglesa de finales del siglo XVI y principios del XVII, y refleja la poderosa presencia de Tomás Moro en la conciencia cultural, religiosa y política de Inglaterra, pasados más de cincuenta años de su martirio. Y lo más importante es la relación de la pieza con William Shakespeare y las pruebas que ofrece de la cercanía al catolicismo del escritor.

El estudio del manuscrito original de *Tomás Moro* ha ocupado a muchos prestigiosos historiadores y críticos literarios, y ha servido para destacar el poder y los prejuicios de la investigación literaria. Por un lado, hay acuerdo acerca de la identidad de los diversos escritores cuya caligrafía aparece en el manuscrito; pero por otro, no lo hay en absoluto acerca de la relación de los escritores entre ellos y con la pieza en su totalidad. Lo más controvertido es el alcance y la naturaleza de la participación de Shakespeare en la obra, y la importancia que tiene esta para nuestro conocimiento de las creencias filosóficas, teológicas y políticas de Shakespeare. En pocas palabras, *Tomás Moro* es más que una simple obra de teatro; es un misterio cuya resolución es importante para nuestro conocimiento del dramaturgo más grande del mundo y de los tiempos en que vivió.

El manuscrito original, que contiene la caligrafía de siete personas distintas y se conserva en la colección Harley del Museo Británico, tiene una historia fascinante. Su primer dueño conocido es John Murray, coleccionista de manuscritos y libros singulares en el siglo XVIII. El manuscrito fue publicado por primera vez en 1844 por la Sociedad Shakesperiana, en edición del historiador literario Alexander Dyce. El estudioso pionero Richard Simpson fue el primero en expresar, en 1871, la posible participación de Shakespeare en la obra; James Spedding, editor de la obra de Francis Bacon, aceptó la idea con reservas un año más tarde. En 1911, la pieza fue reproducida en facsímil reprográfico, en edición de W.W. Greg; la *Reader's Encyclopedia of Shakespeare* describió la edición como «uno de los mejores ejemplos de investigación literaria».[1] Cinco años más tarde, el paleógrafo sir Edward Maunde Thompson publicó un estudio minucioso de la grafía de uno de los colaboradores del manuscrito, y concluyó que pertenecía a Shakespeare. En 1923, Greg y Thompson hicieron causa común con otros tres estudiosos shakesperianos destacados, A.W. Pollard, J. Dover Wilson y R.W.

Chambers, y publicaron *La mano de Shakespeare en la obra* Tomás Moro (Cambridge University Press), que establece de forma difícilmente discutible la participación de Shakespeare en la composición de la obra. Hoy, las más prestigiosas ediciones de la obra de Shakespeare, como la de Oxford y la de Arden, incluyen *Tomás Moro* en el canon shakesperiano. En 2005, más de cuatrocientos años después de su composición original, la Royal Shakespeare Company la sacó por fin a escena.

Aparte de Shakespeare, en el manuscrito pueden distinguirse las manos de otras seis personas. La parte principal fue escrita o transcrita por Anthony Munday, al que los estudiosos conocen como Mano S, con pasajes adicionales escritos por Henry Chettle (Mano A), Thomas Heywood (Mano B), un escriba anónimo (Mano C), William Shakespeare (Mano D) y Thomas Dekker (Mano E). La séptima y última mano que aparece en el manuscrito es la de sir Edmund Tilney, Maestro de Festejos, el censor oficial del Estado isabelino y jacobino. *Tomás Moro* muestra de manera intrigante un alto grado de colaboración entre cinco de los más conocidos dramaturgos de la época, además de las palabras de censura directa escritas por el representante del Estado.

Como documento histórico, el manuscrito no tiene precio; además, es explosivo, y causa de divisiones y polémicas entre historiadores y críticos literarios. Según se ha estudiado y discutido, ha dado lugar a desacuerdos con respecto a la fecha del original, al papel (escritor o transcriptor) de Munday, y también al tiempo que pasó antes de la intervención de los otros cuatro autores y el escriba anónimo. Hay acuerdo en que la inusual colaboración y entre dramaturgos rivales con opiniones muy dispares, se produjo con el evidente objeto de aplacar a Tilney para que la pieza se pudiera publicar y escenificar, pero no lo hay en el motivo de esa unión entre escritores protestantes y católicos para evitar la censura de una obra evidente y declaradamente pro-católica. ¿Por qué Munday, un virulento anti-católico, iba a escribir una obra cuyo héroe indiscutible es el mártir católico sir (ahora santo) Tomás Moro? Esta aparente incongruencia ha llevado a algunos estudiosos a sugerir que Munday no pudo ser el autor principal de la pieza, sino el mero transcriptor de la obra de otro. Algunos sugieren incluso que el autor principal no es sino Shakespeare en persona, y que el Bardo de Avon escribió mucho más que el fragmento relativamente corto transcrito por su propia mano sobre el que no cabe discusión. Pero si Munday no fue el autor principal de la obra, ¿por qué consentiría en transcribirla en lugar del autor? Estas preguntas envuelven *Tomás Moro* en un halo de misterio que hechiza al estudioso, pero que también hace peligrar su reputación.

Para entender las controversias que rodean la datación y la autoría de la obra, es necesario conocer perfectamente el propio manuscrito. En el margen de la primera página, a la izquierda de las primeras líneas del texto original escrito o transcrito por Anthony Munday, aparecen estas palabras de sir Edmund Tilney, censor estatal, Maestro de Festejos desde 1579 hasta su muerte en 1610: «Omitid la insurrección en su totalidad y su causa, y comenzad con Tomás Moro en las sesiones con el alcalde, informando del buen servicio que prestó siendo alguacil de Londres con ocasión de un motín contra los lombardos —sólo un informe breve, y no de otra manera, bajo la responsabilidad de vosotros». El hecho de que las palabras de Tilney estén dirigidas a más de una persona indica que tal vez conociese la naturaleza colaborativa de la autoría del texto original, del que Munday pudo ser o simplemente el transcriptor o uno de los varios autores. Por otro

lado, los comentarios de Tilney sólo aparecen referidos al texto de Munday y no a las partes escritas por los otros autores, lo que indica que estas fueron añadidas después de la censura de Tilney. Pero es posible que los otros dramaturgos (Shakespeare, Chettle, Dekker y Heywood) fuesen auténticos coautores y que las palabras de Tilney vayan dirigidas al grupo. No olvidemos que el censor recibiría una versión final de la obra «pasada a limpio», transcrita por una sola mano, y no vería los esbozos anteriores en que aparecían las distintas manos. Es resumen, el hecho de que el texto original censurado por Tilney estuviese escrito por una sola mano, la de Anthony Munday, no demuestra que este fuese el único autor de la obra. De hecho, que Tilney se dirija a un colectivo puede muy bien significar lo contrario. Una interpretación más prosaica concluiría tal vez que Tilney se dirige a la compañía de teatro y no sólo al autor. Pero en cualquier caso, es indiscutible que la transcripción de Munday de la versión en limpio de la pieza no significa que él fuese necesariamente el único autor del original. Es posible que al menos algunos de los otros autores participasen en la autoría del original, lo que ayudaría a explicar tanto empeño en evitar la censura de Tilney. Como coautores del original, querrían verlo aprobado pronto para su escenificación y publicación.

El hecho de que la preocupación inicial de Tilney fuese la supresión de toda la escena de la insurrección ha llevado, con razón, a dar por hecho que se preocupaba primordialmente del orden público, y creía que la pieza podría encender los sentimientos de los londinenses contra los inmigrantes. La insurrección del Aciago Primero de Mayo de 1517, tema de la escena que Tilney ordenó omitir, había tenido lugar casi un siglo antes, pero la antipatía contra los inmigrantes seguía siendo generalizada entre los londinenses y las tensiones seguían siendo fuertes. El estudioso shakesperiano A.W. Pollard enumera disturbios xenófobos en Londres en 1586, 1593 y 1595, y conjetura que *Tomás Moro* tal vez datase de esta última época, explicando así la sensibilidad de Tilney hacia la presentación de revueltas en escena. Como veremos, es muy improbable que la pieza llegase a manos de Tilney antes de 1603; pero las tensiones entre londinenses e inmigrantes seguían vivas a comienzos del siglo XVII y el peligro de nuevas revueltas sin duda preocuparía a Tilney.

Por desgracia, el primer acto de censura de Tilney ha eclipsado la censura posterior. Se esforzó también por eliminar o por lo menos minimizar cualquier idea de que Tomás Moro y su compañero mártir Juan Fisher, obispo de Rochester, tuviesen alguna justificación para su negativa a someterse a la exigencia de Enrique VIII de que firmasen el Juramento de Supremacía, por el que se reconocía al rey como cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Tilney omitió todo el pasaje en que Moro y Fisher, que luego serían canonizados como mártires por la Iglesia católica, aparecen como rectos y virtuosos al oponerse a la imposición real de una religión estatal. No es sorprendente la inquietud de Tilney, ante esta alabanza a disidentes católicos en medio de la turbulenta situación religiosa y política durante los reinados de Isabel y Jacobo. De hecho, uno se pregunta cómo creyeron los dramaturgos que iban a escapar a la censura del siempre vigilante Tilney, con semejante crítica del padre de Isabel y con semejante simpatía hacia unos mártires católicos. Tomás Moro seguía siendo una patata caliente, más de sesenta años después de su muerte, y era un tema sensible, no sólo para Isabel, cuyo padre tenía las manos manchadas de la sangre del santo, sino para el Estado isabelino en su conjunto.

Tomás Moro había sido ejecutado por el monarca reinante por negarse a postrar su conciencia católica sobre el altar de la *realpolitik* maquiavélica, convirtiéndose en arquetipo de los mártires ingleses que corrieron la misma suerte en el reinado de Isabel. Por eso, cualquier imagen positiva de Moro podía considerarse como una peligrosa acusación contra los gobernantes presentes de Inglaterra. Considerando que en la década de 1590 se ejecutaba a sacerdotes católicos, y considerando que Isabel era celosa guardiana de su condición de cabeza de la Iglesia de Inglaterra, heredada de su padre, era del todo impensable que se aprobase *Tomás Moro* durante el reinado de Isabel.

Todo esto nos permite deducir que la obra le sería presentada a Tilney tras la muerte de Isabel en marzo de 1603, en un momento en que se creía que el nuevo rey, Jacobo I, iba a ser tolerante con el catolicismo, como había insinuado en años anteriores y como se podía inferir del hecho de que su esposa fuese católica. Se consideró como confirmación de la moderación de Jacobo en asuntos religiosos el hecho de que uno de sus primeros actos como rey fuese hacer la paz con España, aliviando de forma significativa la tendenciosidad religiosa de la política exterior inglesa. En el primer año de su reinado se decretó que no se multase ni penalizase más a los católicos. Eliminada la onerosa carga pecuniaria, miles de criptocatólicos dejaron de asistir a los servicios anglicanos y volvieron a practicar su fe plena y abiertamente. En palabras de Mutschmann y Wentersdorf, «en seguida estuvo claro que la política isabelina de exterminio no había conseguido su objetivo, y que el catolicismo seguía constituyendo un poder formidable en la mayor parte del país».[2] No cabe duda de que la población católica de Inglaterra, asediada, se alegró de que hubiese muerto *Bloody Bess*, la «sangrienta Isabel», y concibió la esperanza de que con ella muriesen décadas de persecución sin piedad. La alegría que sintió el propio Shakespeare es evidente en el título de la comedia *Bien está lo que bien acaba*, escrita por esa época, y también en su composición de *Medida por medida*, que según muchos es su pieza más abiertamente católica. Pareciera que se le hubiese quitado un gran peso de encima a la musa del bardo, tan sobrecargada, y que por fin se sintió capaz de expresarse con más libertad sin temor a la censura ni a las represalias. Si hemos de creer lo que indican estas piezas, está claro que la «luna de miel» que siguió a la entronización de Jacobo fue una oportunidad para publicar una obra sobre el mártir Tomás Moro, que antes habría resultado imposible.

Esa luna de miel duró poco, desde la muerte de la reina en marzo de 1603 hasta el recrudecimiento de las persecuciones anti-católicas en julio del año siguiente. Es muy probable, por tanto, que la pieza fuese presentada a Tilney dentro de estos dieciséis meses, y que las revisiones de los otros autores también fuesen realizadas entonces. Renovada la persecución, se habría esfumado toda esperanza de que la obra pasara la censura, así como la causa para esta insólita colaboración de los cinco dramaturgos.

Debido a la evidente devoción de la pieza por los mártires católicos, surge otra duda. ¿Por qué Munday, que había sido una pieza activa de la red de espionaje anti-católica y era directa o indirectamente responsable de enviar a sacerdotes católicos a la muerte, escribe con tanta simpatía por sus antiguos enemigos? En 1578, antes de cumplir los veinte años, lo habían mandado al extranjero para espiar a los refugiados católicos ingleses. Fingiendo deseos de ser sacerdote, consiguió que lo admitiesen al Colegio Inglés de Roma, donde recabó material para su informe sobre el Colegio y sus

actividades, publicado en 1582 bajo el título *The English Romaine Life*. Un año antes, estuvo implicado en la denuncia y captura de Edmund Campion. Por eso resulta un tanto raro que Munday, muchos años más tarde, eligiese a Tomás Moro como tema y es tentador detectar algo así como un cambio de opinión por parte del dramaturgo, similar al que se detecta en el *Doctor Fausto* de Marlowe.

Como es comprensible, algunos estudiosos han dudado que Munday pudiese ser responsable de la pieza pro-católica *Tomás Moro* y han buscado al verdadero autor entre sus colaboradores. Hasta aquí, todo parece razonable, pero aun así tenemos que preguntarnos por qué Munday, aunque sólo fuese transcriptor de la pieza, cambió tan evidentemente de actitud. Para la investigadora isabelina Muriel St Clare Byrne, su odio al catolicismo rayaba lo psicopatológico:

A Munday *le gustaba* ver cómo colgaban y luego destripaban y descuartizaban a los jesuitas; y a Munday le gustaba semejante espectáculo, no porque fuese el apogeo del Renacimiento, cuando las pasiones corrían desatadas, [...] no porque viviese en los grandes tiempos de la gran Isabel, sino porque era uno de esos seres humanos que encuentran un placer horrible y secreto en ver sufrir... o en hacer sufrir a los demás.[3]

¿Es posible que este hombre escribiese *Tomás Moro*? Desde luego, sigue siendo un hecho de que la mayor parte del texto de la pieza está escrita por su mano. La respuesta al enigma puede estar en su notorio oportunismo, satirizado por John Davies en 1594, en un epigrama que hace un juego de palabras con el apellido de Munday[4]:

Si sólo perjurase una vez cada día,
sería un buen motivo
a fe mía
para que Munday fuese declarado festivo.[5]

En términos de hoy, lo que viene a decir Davies es que Munday es incapaz de pasar un día entero sin mentir. ¿Pudo ese hombre escribir tan elocuentemente de dos católicos, Tomás Moro y Juan Fisher, que prefirieron morir antes que cometer perjurio?

Para entender los cambios de Anthony Munday, cuyos principios teológicos y políticos cambiaban por lo visto con los vaivenes del clima religioso y político de la época, el escritor y estudioso literario David Womersley aporta otra clave, que señala el fondo calculador de las poses religiosas de Munday:

¿Era que, en Roma, desempeñaba el papel de católico? ¿O más bien era que, al volver a Inglaterra, hacía el papel de protestante? ¿O no hay que elegir entre las dos alternativas? ¿Acaso la fe religiosa era, para Munday, una expresión más del talento para la improvisación teatral que había mostrado de muchacho? ¿Estaba, pues, siempre actuando, siempre probándose distintas identidades religiosas y, como un camaleón religioso, procurando pasar desapercibido? Ciertamente, es difícil ver algún hilo coherente en la trama de las actividades y asociaciones religiosas de Munday. Este alumno del Colegio Inglés de Roma, al volver a Londres, se hizo amigo de ese feroz protestante, exiliado en el reinado de María, Robert Crowley. Más tarde se hizo amigo y colaborador del anticuario e historiador cripto-católico John Stow. Decían de él que era un perseguidor de recusantes oficioso e incluso demasiado enérgico, pero unos años después estaba igual de ocupado (aunque con menos éxito) en suprimir los escritos anti-episcopales de Martin Marprelate.[6]

Por un lado, Munday había traicionado a los disidentes católicos, empujándolos a la

muerte, y, por el otro, también había traicionado a los inconformistas puritanos y calvinistas que escribían panfletos «anti-episcopales» contra la Iglesia de Inglaterra. Llegados a este punto, podríamos sentirnos tentados a entender las acciones de Munday a partir de su deseo de defender de todos sus enemigos del espectro religioso, tanto del lado católico como del protestante, a la Iglesia establecida, es decir, al episcopado anglicano. Pero los anglicanos tampoco se fiaban de él. Un panfleto publicado en 1589 imagina a John Whitgift, arzobispo de Canterbury, condenando a Munday por traicionar a la Iglesia anglicana: «Ah, tú, Judas, tú que ya has traicionado a los papistas, creo que también pretendes traicionarnos a nosotros».[7] ¡Nadie se fiaba de Munday, y todos lo consideraban un Judas!

Una vez analizado su oportunismo sin principios, parece probable que la disposición de Munday a participar en la composición o transcripción de *Tomás Moro* fuese un intento de congraciarse con lo que a él le parecía una creciente influencia católica por el acceso de Jacobo al trono. Deseoso de apoyar al que creía que iba a ser el bando ganador y deseoso también de expiar sus antiguos pecados contra los papistas, se esforzó por mostrar sus simpatías católicas dentro del nuevo orden anunciado por el nuevo rey. El hecho de que Munday volviese rápidamente a su posición anti-papista cuando recomenzó la persecución contra los católicos refuerza la sospecha de que su implicación en la pieza teatral fue un acto de cinismo egoísta.

¿Por qué —se pregunta uno— los otros colaboradores y en especial Shakespeare, tan pro-católico, buscaron o toleraron a Munday? Ninguno de ellos sería tan cándido como para fiarse de él, ni creería que su «conversión» a la causa de Moro y Fisher fuese genuina. Tal vez lo eligieran para transcribir la pieza precisamente debido a su historial anti-católico, y porque Tilney sabía que Munday siempre había servido a los intereses del Estado contra sus disidentes inconformistas, tanto católicos como puritanos. Es posible que Munday fuese elegido como fachada no papista, en el esfuerzo de Shakespeare y los demás por que *Tomás Moro* sortease las aguas peligrosas de la censura oficial.

La vida de Anthony Munday tiene un intrigante colofón que podría arrojar algo de luz sobre sus motivos para escribir o transcribir la pieza. El poeta John Taylor, en 1638, cinco años después de la muerte de Munday, nos deja entrever que este pagó un alto precio psicológico por su complicidad en la persecución a muerte de sacerdotes católicos. Taylor cuenta que, ya viejo, Munday «se levantaba corriendo de la mesa si veía un cuarto de cordero asado»[8]; John Jowett llega a la conclusión de que se trata de «una aversión neurótica posiblemente relacionada con su anterior implicación en la carnicería de seres humanos».[9] Jowett, que cree firmemente que Munday fue el autor principal de la obra, conjetura que «parte de la génesis de *Tomás Moro* radica en la necesidad de expiación que siente su autor principal, tan veleidoso».[10] Es posible que Munday escribiese la pieza con la idea de congraciarse con lo que él veía como el nuevo poder católico; pero es más difícil creer que la necesidad de expiación fuese una motivación importante para él, considerando su vuelta instantánea a sus antiguas costumbres de persecución de papistas en cuanto se dio cuenta de que los católicos volvían a ser *personae non gratae*. Pese a Jowett, más probable parece que Munday fuese el mero transcriptor de la pieza, y que tal vez tuviese un papel secundario en su

escritura o incluso ni eso. Si esto es así, la autoría de la obra está abierta a especulación.

Como Chettle, Dekker y Heywood eran anticatólicos en mayor o menor grado, las posibilidades de que el autor de la pieza fuese Shakespeare aumentan. Thomas Merriam, crítico e historiador literario, ha realizado un meticuloso estudio defendiendo la autoría de Shakespeare, empleando la estilometría para demostrar que *Tomás Moro* tiene más cualidades estilísticas en común con la obra de Shakespeare que con la de Munday. Dirijamos, pues, nuestra atención hacia Shakespeare.

Un examen más detallado de la contribución indudable de Shakespeare a la obra, la sección que está escrita de su propia mano, refleja su admiración por Moro y la presencia palpitante de las lecciones que se podían aprender en su propia época del santo ejemplo del mártir. Las líneas atribuidas a Shakespeare reflejan los esfuerzos de Tomás Moro por razonar con una multitud rebelde empeñada en atacar a los inmigrantes recién llegados, considerados como una amenaza a la forma de vida de la población autóctona. Su consejo de caridad cristiana calma la tormenta de la rebelión. La multitud se apacigua y declara al unísono que él «dice la verdad» y que, como buenos cristianos que cumplen las palabras del Evangelio, deben «hacer a los demás lo que quisiéramos que los demás nos hicieran a nosotros». En las palabras de Moro en la obra resuenan las de Menenio Agripa en *Coriolano*, cuando se dirige a la plebe inquieta, y las de Porcia cuando se dirige al vengativo Shylock en *El mercader de Venecia*. Esas palabras, puestas en boca de un mártir católico que fue decapitado por un rey inmisericorde, tienen una fuerza especial y recogen también el recuerdo de las últimas palabras de otro mártir, Robert Southwell, que fue ahorcado, destripado y descuartizado en 1595 por una reina inmisericorde. Las últimas palabras de Southwell están sacadas de la Sagrada Escritura y es posible que Shakespeare, que con toda seguridad conocía muy bien a Southwell, y que tal vez estuviese presente cuando las pronunció desde el cadalso, pensase en estas palabras bíblicas al poner en boca de Moro un comentario acerca de ellas:

Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Todos compareceremos ante el tribunal de Dios. [...] No nos juzguemos, pues, los unos a los otros, antes bien tened en cuenta sobre todo no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano [...] Por tanto busquemos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación.^[11]

Más intrigantes aún que los 149 versos escritos en lo que se supone la caligrafía de Shakespeare, son los veintiún que aparecen más adelante, en la mano de un escriba anónimo, pero que algunos críticos atribuyen también a Shakespeare. Son las palabras que se ponen en boca de Tomás Moro, inmediatamente después de su nombramiento como nuevo canciller, al contemplar los símbolos de su puesto:

Escrito está en el cielo que yo sea esto y esto,
pues lo que impiamente llaman nuestra fortuna
es Providencia del poder altísimo,
adecuada a la fuerza natural
con que nacemos. Dios mío, Dios mío,
que yo, de tan humilde cuna,
haya subido hasta —es así— la cabeza de mi patria,
y dicte leyes; yo, en vida de mi padre,
que tome precedencia y acepte el homenaje
de mis mayores, ay; y que a mí, por mi puesto,

mi padre tenga que cederme el sitio,
a mí que por el orden natural se lo debo.
Seguro que estas cosas,
de no ser compensadas por el respeto, nuestra sangre
corromperían. Pero, Moro, cuanto más tienes
de honor, de cargo, de oro, de influencias,
de cosas que te empujan a abrazarlas,
más deben parecerte como víboras
y más debes temer sus pieles, tan hermosas,
y recordar que pican.
Que sea este tu lema: la importancia
—hilado el hilo de la contingencia—,
es un enorme ovillo que al punto se deshace[12].

Según Fernando de Mello Moser, estudioso tanto de Moro como de Shakespeare, este monólogo es «una presentación clarísima de la conciencia de dos planos de la existencia: el del poder superior, que profanamente llamamos fortuna, y el de las vanidades humanas, vestidas con coloridas pieles de serpiente pero, como las serpientes, propensas a picar letalmente, por la tentación de que la ganancia mundana convierta las vanidades en fines en sí mismos, destruyendo a la víctima en ambos planos de la existencia al mismo tiempo [...] Tomás Moro eligió caer —en uno de los dos planos, desde luego— a cambio de ganar el superior».[13] De gran interés es la relación que establece Moser entre la filosofía sumergida (el cimiento) de este monólogo y el pasado medieval y el futuro barroco, poniendo el énfasis en el catolicismo inherente a ambos: «En mi opinión, el monólogo presenta un ejemplo de la [...] subordinación de la rueda de la fortuna, en la esfera religiosa, a los planes de la Providencia: un logro de la tradición tardomedieval que reaparece modificado en el drama jesuítico del Barroco».[14] En esencia, vemos una gran parte de la filosofía de Shakespeare encapsulada en estos pocos versos. La realidad hay que entenderla en la profundidad de la Providencia, no en lo profano de la fortuna mundana. Tan axiomática es esta forma de entender la realidad, que es la fuerza motriz y el *leitmotiv* de gran parte de la obra de Shakespeare. Por un lado, encontramos a los héroes y las heroínas de sus obras, procurando la virtud y abrazando el sufrimiento, y, por otro, a los maquiavélicos, persiguiendo su propio interés y haciendo sufrir a los demás. Siendo así, es difícil leer las obras sin acordarnos de personas como Tomás Moro y Robert Southwell, por un lado, y Enrique VIII y su hija Isabel por otro.

El «Soneto 23» de Shakespeare juega de nuevo con el nombre de Moro[15], otra prueba de la admiración que siente Shakespeare por él:

Igual que un imperfecto actor en el teatro
que no logra por miedo recitar su papel
o alguno tan repleto de rabia, tan furioso,
al que su mismo exceso le debilita el alma,

yo, con miedo de fiarme, no dije la perfecta
ceremonia, la que es el rito del amor;
y en mi fuerza de amor parezco decaer
bajo el peso del propio amor, tan poderoso.

A mis libros dejad que sean elocuentes,
los callados heraldos de este pecho que habla,

y que suplica amor y busca recompensa
más que el amor que más y mejor se ha expresado.

Lo que ha escrito el amor silencioso leed,
que escuchar con los ojos es un arte de amar[16].

El verso 12 del soneto vibra de significado alegórico al ponerle mayúscula al segundo «more»: *More than that love which More hath more expressed*. Una vez aceptado el juego de palabras, el soneto adquiere vida metafísicamente, contrastando el amor «imperfecto» de Shakespeare, debilitado por «el miedo» y «la rabia», con el amor santo que más [*more=More*] «mejor ha expresado». Está también la alusión sublime a la Misa, «perfecta ceremonia, la que es rito del amor», reforzada por el juego entre «right/rite» [derecho/rito] e ilustrando una profunda comprensión teológica de la Misa como la «perfecta ceremonia» que re-presenta la muerte de Cristo por los pecadores como «love's right» y «love's rite», el derecho y el rito del amor. Desentrañando aún más este fascinante soneto, vemos que el poeta lamenta no estar presente en esta «ceremonia perfecta» todas las veces que debiera, por culpa del «miedo de fiarse», referencia tal vez a los espías que estaban presentes en estas Misas secretas con objeto de informar de los nombres de los papistas y de entregar a los sacerdotes. Como no posee el heroico amor sacrificado, incluso hasta la muerte, de un Tomás Moro (o de un Robert Southwell), el poeta desea que sus «libros» sean su «elocuencia», «los callados heraldos de mi pecho que habla». Los dos versos finales están dirigidos con toda seguridad al propio poeta y a sus lectores, suplicándoles que «lean» en su teatro aquello que el amor del Poeta, mudo por el miedo, no se atreve a decir abiertamente. Como no *oirán* al Poeta decir abiertamente lo que piensa, los lectores tienen que *ver* en su teatro lo que quiere decir, oyendo con los ojos y usando su propio «arte de amar» para discernir el significado oculto.

Lo que ha escrito el amor silencioso leed,
que escuchar con los ojos es un arte de amar.

Teniendo en cuenta la evidente devoción que siente Shakespeare por Tomás Moro[17], no sería disparatado creer que escribió una obra de teatro sobre el mártir más famoso de la Reforma inglesa, cuyo martirio sirvió de arquetipo y antecedente de todos los mártires que le siguieron, incluyendo a unos cuantos que Shakespeare, por lo visto, conoció personalmente.

Si aceptamos a Shakespeare como autor principal de la pieza, aún nos queda la cuestión de su irregularidad. *Tomás Moro*, a pesar de todos sus méritos y sus destellos de brillantez, no tiene la misma calidad que otras piezas escritas por Shakespeare en la época en que fue presentada a Tilney, como por ejemplo *Medida por medida* y *Bien está lo que bien acaba*; y no tiene ni punto de comparación con las obras de pura excelencia como *El rey Lear*, *Otelo* y *Macbeth*, escritas pocos años más tarde. ¿No sería este, a fin de cuentas, simplemente el mayor argumento contra la autoría de Shakespeare? Thomas Merriam, que ha pasado más tiempo que nadie estudiando las pruebas a favor de la participación de Shakespeare en la obra, cree que fue escrita muchos años antes, por encargo tal vez de su patrono católico, el conde de Southampton, o posiblemente de la

madre del conde, para su escenificación privada en casas católicas.[18] Esto es perfectamente posible, considerando la tradición de que compañías católicas trabajasen en las casas de la nobleza católica rebelde, y su fecha temprana explicaría sus fallos. Como nos recuerda Merriam, muchas de las obras tempranas de Shakespeare no son obras maestras, como por ejemplo la primera y la tercera parte de *Enrique VI*. [19] Si Merriam tiene razón, como parece desde luego posible, Shakespeare sabría que la pieza jamás pasaría la censura de Tilney para su escenificación o publicación durante el reinado de Isabel. Es posible que, en los días de alborozo y esperanza que siguieron a la muerte de la reina, desempolvase la vieja pieza con la ilusión de que había llegado el momento de pasarla por la censura, aprovechando el ambiente favorable del nuevo reinado. Al fin y al cabo, la madre de Jacobo, María Estuardo, había sido decapitada por orden de Isabel, igual que Tomás Moro lo había sido por orden de Enrique, padre de Isabel.

Shakespeare albergaría enormes esperanzas de que el nuevo régimen mirase con benevolencia su pieza teatral. Pero esas esperanzas se hundieron cuando una nueva ola de brutal persecución se abatió sobre los muy castigados católicos de Inglaterra. Shakespeare se desquitaría contra el nuevo rey en la sub-trama alegórica de *Macbeth*, y menos evidentemente pero con la misma fuerza en las otras obras oscuras, como *Lear* y *Otelo*, que reflejan la vuelta de la oscuridad a Inglaterra tras la falsa aurora de la muerte de Isabel. Pasarían otros cuatrocientos años hasta que, bajo el reinado de otra Isabel, se pusiera en escena por fin *Tomás Moro*. Cuando la Royal Shakespeare Company escenificó la pieza en el nuevo teatro Globe en el verano de 2004, Shakespeare y Moro se vieron por fin unidos en el arte, como siempre lo habían estado en la fe. El Bardo que, según las palabras memorables de Ben Jonson, «no es de una época, sino de todos los tiempos», pudo por fin rendir homenaje al Santo que, como dice el título de la obra memorable de Robert Bolt, fue «un hombre para la eternidad».

JOSEPH PEARCE

[1] Oscar James Campbell, ed., *The Reader's Encyclopedia of Shakespeare* (New York: MJF Books, 1966), p. 799.

[2] H. Mutschmann and K. Wentersdorf, *Shakespeare and Catholicism* (New York: Sheed and Ward, 1952), pp. 27-28.

[3] Muriel St Clare Byrne, trabajo sin publicar en proceso en el momento de su muerte, citado por John Jowett, ed., *Sir Thomas More* (London: Arden Shakespeare, 2011), p. 12.

[4] «Munday I sweare shalbee a hollidaye, / If hee forswear himself but once a daye».

[5] John Davies, *Poems*, ed. Robert Krueger (Oxford: Clarendon Press, 1975), p. 157.

[6] Citado por Jowett, *op. cit.*, p. 13.

[7] Citado por Donna B. Hamilton, *Anthony Munday and the Catholics, 1560-1633* (Aldershot: Ashgate, 2005), p. 65.

[8] John Taylor, en *Taylor's Feast* (1638), citado por Jowett, *op. cit.*, p. 15.

[9] Jowett, *op. cit.*, p. 15.

[10] *Ibid.*

[11] Estas líneas de *Romanos*, capítulo 14, fueron recitadas por Robert Southwell en el cadalso, el día de su ejecución.

[12] It is in heaven that I am thus and thus, / And that which we profanely term our fortunes/ Is the provision of the power above, / Fitted and shap'd just to that strength of nature / Which we are born [withal]. Good God, good God / That I from such an humble bench of birth / Should step, as 'twere up to my country's head / And give the law out there. I in my father's life / To take prerogative and tithe of knees / From elder kinsmen, and him bind by my place / To give the smooth and dexter way to me / That owe it him by nature. Sure these things / Not physick'd by respect might turn our blood / To much corruption. But, More, the more thou hast / Either of honor, office, wealth, and calling, / Which might accite thee to embrace and hug them, / The more do thou in serpents' natures think them, / Fear their gay skins with thought of their sharp state, / And let this be thy maxime: to be great / Is, when the thread of hazard is once spun, / A bottom great wound up, greatly undone.

[13] Fernando de Mello Moser, *Dilecta Britannia: Estudos de Cultura Inglesa*, Lisboa, Portugal: Fundação Calouste Gulbenkian, 2004, pp. 150-151.

[14] *Ibid.*, p. 150.

[15] Ese juego, basado en que el apellido de Moro en inglés es More, o sea, «más», se pierde en español. Véase la versión original que damos a continuación. En la obra hay también varios momentos en que se aprovecha la homofonía. [Nota de los Traductores]

[16] As an unperfect actor on the stage, / Who with his fear is put besides his part, / Or some fierce thing replete with too much rage, / Whose strength's abundance weakens his own heart; / So I for fear of trust forget to say / The perfect ceremony of love's right, / And in mine own love's strength seem to decay, / O'ercharged with burden of mine own love's might: / O let my books be then the eloquence, / And dumb presagers of my speaking breast, / Who plead for love, and look for recompense, / More than that love which more hath more expressed. / O learn to read what silent love hath writ, / To hear with eyes belongs to love's fine wit.

[17] El libro recientemente publicado por Charles y Elaine Hallett, *The Artistic Links Between William Shakespeare and Sir Thomas More* (New York: Palgrave Macmillan, 2011), aporta más pruebas contundentes de que Shakespeare estaba bien versado en las obras de Moro, y de que lo admiraba muchísimo.

[18] Thomas Merriam, correspondencia con el autor, 11 de mayo de 2012.

[19] *Ibid.*

NOTA DE LOS TRADUCTORES

Lo primero que sale es pedir excusas cuando quien traduce se ha atrevido a poner sus manos sobre unos textos de William Shakespeare. Y a la vez es difícil no dejarse arrastrar por el entusiasmo hacia este drama, no solo por su importancia histórica y literaria —otra prueba más del clarificador criptocatolicismo shakesperiano— y por el valor devocional de un formidable retrato de un mártir, sino también por sus constantes aciertos poéticos, que cuánto nos gustaría pararnos a ponderar a cada paso. Pero, porque no es este su sitio, trataremos de sortear ambas tentaciones, y limitar esta nota a las cuestiones referentes a nuestra labor.

Esta edición pretende ser literaria, no crítica, campo para el que resta, desde luego, un magnífico espacio. Para la compleja fijación del texto, las heterogéneas acotaciones y la mejor división de escenas hemos confiado, por tanto, en la edición inglesa del profesor John Jowett, en *The Arden Shakespeare* (London, 2012). Las acotaciones que constan en el manuscrito original se dan en cursiva, tal y como allí aparecen, con o sin paréntesis. En el teatro del XVI y del XVII, las indicaciones eran parcas. Se incluyen entre corchetes las que los diversos editores posteriores han ido aportando para facilitar una lectura privada. Algunas son nuestras.

Las notas a pie de página son nuestras y quedan reducidas a su mínima expresión. No las hacen necesarias ni la transparencia del texto ni la claridad de la historia ni la nitidez de las sugerencias indirectas o implícitas, muy a menudo referidas a una historia que conocemos bien, la de las peripecias personales y políticas de Enrique VIII y su ruptura con la autoridad de la Iglesia de Roma. O la cultura general o el contexto hacen innecesarias muchísimas otras, como la que señalaría que la Torre de Londres fue fundada por Julio César o que en el teatro isabelino los papeles femeninos eran representados por muchachos o que el noble y el ángel son monedas de la época o que la grafía «*argo*», por «*ergo*», no es errata, sino error del personaje, y contribuye magistralmente a rematar su retrato.

En cambio, como evitaremos hacerlo en nota, conviene señalar aquí que los saltos de tratamiento, del vos al tú, muy frecuentes a veces dentro de una misma intervención y referidos a un mismo interlocutor, los hemos respetado escrupulosamente. Recogen quizá un uso indeciso de la época, y tienen la función teatral de marcar, además de las distintas categorías sociales de los personajes, las diversas modulaciones de tono. En el caso de Tomás Moro hemos usado su nombre en español, aunque otros «Thomas» no los hayamos traducido, como tampoco, naturalmente, el resto de los nombres propios. Se sabe que la españolización de un nombre es una reverencia que rinde el idioma, y no se lo hemos querido negar a nuestro protagonista. Del mismo modo, al fin y al cabo,

usamos «Londres» o «Támesis», y tenemos que resignarnos a «Chelsea» o «Cheapside». Con los títulos y tratamientos nos hemos permitido un amplio margen de juego en aras de la naturalidad, la cadencia y la conservación del aire de época y lugar. Unas veces los dejamos en inglés (lady, lord, madam, sir, master...) como parte del nombre, sin cursiva, y otras los traducimos, como parte de la frase. Aquellos pocos versos que en el manuscrito están borrosos o borrados, y que han dado lugar a diversas hipótesis, han sido resueltos según la propuesta académica que nos resulta más probable y coherente, sin indicaciones, que no añadirían nada al placer de la lectura. Mucho menos hemos tratado de aclarar algunas escenas ligeramente confusas. Ya sea para retratar el caos de una revuelta o la alegre ansiedad de un anfitrión con muchos invitados o la convocatoria de una reunión política a tan altas horas de la noche que los asistentes, entrada la madrugada, empiezan a darse los buenos días, esas pequeñas imprecisiones escénicas contribuyen poderosamente a reforzar el realismo de la descripción.

Hemos seguido las transiciones entre la prosa y el verso del original. El verso pone literalmente el acento en las palabras y marca un ritmo a la dicción, modulado por las pausas versales, y genera incesantes expectativas al paso de los encabalgamientos. Todo eso hay que conservarlo para ser fieles al espíritu del drama y a su música. En cambio, habida cuenta de que traducir implica siempre descartarse de algunas virtudes del texto original para mantener las más importantes, tal y como constataba Jaime Gil de Biedma, no nos hemos empeñado en reproducir exactamente la métrica del original, sino que hemos realizado variaciones sobre su misma pauta, amparándonos en la falta de isometría y acogiéndonos al alejandrino o a versos compuestos cuando la mayor comprensión de la lengua inglesa nos hacía imposible ceñirnos al endecasílabo, o, incluso en contadas ocasiones, expandiendo un verso original en dos versos nuestros. Hemos renunciado a remedar los pareados con los que la convención teatral de la época solía rematar los parlamentos o reforzar los silogismos o subrayar los momentos de máxima intensidad. Aquí y ahora, el abrupto contraste entre esas inesperadas rimas consonantes con el verso blanco generalizado produce una extrañeza que es todo lo contrario del efecto original, donde se esperaba el *couplet* como el énfasis necesario y lógico. Es precisamente esa naturalidad la que hemos procurado reproducir en todo momento para el español de hoy.

El inquieto lector quizá eche de menos una edición bilingüe. Criterios editoriales y de formato aconsejaron lo contrario. De esta forma, en esta versión literaria, primará la fluidez de la lectura, sin las comprobaciones, sopesaciones y variaciones personales a las que abocan con tanta frecuencia las páginas enfrentadas. La labor de los traductores se vuelve invisible sin ese paradójico recordatorio permanente de su presencia que es la versión original. En cualquier caso, si este argumento no les convence, siempre pueden acceder con suma facilidad al texto inglés (aunque con algunas variantes respecto a la edición crítica con la que hemos trabajado nosotros) en <http://www.gutenberg.org/ebooks/1547>.

AURORA RICE DERQUI
ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ

TOMÁS MORO

Dramatis personae

TOMÁS MORO, alguacil de Londres, después sir Tomás Moro y Lord Canciller

El conde de SHREWSBURY

El conde de SURREY

John LINCOLN, vendedor

DOLL Williamson

WILLIAMSON, su esposo, carpintero

GEORGE BETTS

BUFÓN BETTS, su hermano, de nombre Ralph

SHERWIN, orfebre

Francis DE BARDE, lombardo

CAVALER, lombardo o francés

LORD ALCALDE

LADY ALCALDESA

El juez SURESBY

GATO, un ratero

SMART, su acusador

Un ESCRIBANO municipal

Sir Thomas PALMER

Sir Roger CHOLMLEY

Sir JOHN Munday

DOWNES, macero

CROFTS, mensajero del rey

RANDALL, criado de Moro

Jack FALCONER, un rufián

ERASMO, sabio de Rotterdam

MORRIS, secretario del obispo de Winchester

LA COMPAÑÍA DEL CARDENAL

CAPRICHIO

PRÓLOGO

INGENIO

Lady VANIDAD, papel representado por un muchacho
LUGGINS, actor que representa el Buen Consejo

William ROPER, yerno de Moro
LADY Moro, esposa de Moro
MARGARET ROPER, hija de Moro
OTRA HIJA DE MORO
CATESBY, administrador de Moro
GOUGH, secretario de Moro

El doctor John Fisher, OBISPO DE ROCHESTER

El TENIENTE de la Torre
El CABALLERO PORTERO de la Torre
Tres GUARDIANES de la Torre
El VERDUGO

Una pobre MUJER, cliente de Moro

Sirvientes de la casa de Moro

Ned BUTLER,
Robin BREWER,
Giles PORTER,
Ralph, MOZO DE CUADRA

Dos ALGUACILES
MENSAJEROS
ESCRIBIENTE del Concejo
GUARDIAS

Señores, señoras, caballeros, concejales, jueces, ciudadanos, aprendices, criados y
acompañantes

ESCENA I

Una calle de Londres.

Entran, por un lado, John LINCOLN con los hermanos BETTS; por el otro lado, entra Francis DE BARDE con DOLL, una enérgica mujer; él le tira del brazo.

DOLL

¿Adónde me arrastras?

DE BARDE

Adonde me plazca: eres mi botín y te reclamo.

DOLL

¡Que tú me reclamas! ¡Atrás, rufián! Soy la honesta esposa de un simple carpintero y, aunque no tenga belleza para gustarle a un marido, sin embargo, lo que es mío desdeña doblarse ante un extranjero. ¡Suéltame, te lo exijo!

DE BARDE

Ven conmigo sin chistar, o te forzaré.

DOLL

¡Que tú me forzarás, cara de perro! Te has creído que tratas con la mujer del orfebre. La alejaste de su esposo y con su plata, además, y cuando se la devolviste, le hiciste pagar al muy asno lo que habías gastado en mantenerla.

DE BARDE

Lo mismo hará tu esposo, si me place.

Entra CAVALER con un par de tórtolas, WILLIAMSON el carpintero, y por último SHERWIN.

DOLL

Pues aquí llega. Díselo si te atreves.

CAVALER

[a Williamson] No me sigas más. Te digo que no te las doy.

WILLIAMSON

Las compré en el mercado de Cheapside, y con mi dinero las pagué.

SHERWIN

Así es, caballero, sin duda, y hacéis mal dos veces, quitándoselas y negándole su dinero.

CAVALER

Si él las pagó, que se conforme con que yo las tenga: para esta chusma bastan la carne de vaca y las sopas. ¿Acaso las tórtolas son bocado para un basto carpintero?

LINCOLN

[*aparte a George Betts*] Es duro ver cómo los extranjeros ponen a prueba la paciencia de los ingleses, que no se atreven a vengar los insultos.

GEORGE BETTS

[*aparte a Lincoln*] Lincoln, vamos a darles su merecido. ¡Ya está bien de abusos!

LINCOLN

[*a George Betts*] No podemos, Betts: paciencia, y escuchemos.

DOLL

¡Cómo, esposo! ¡La comida te la quita un extranjero, y la esposa otro! Por la Virgen que es demasiado para el cuerpo.

LINCOLN

¿No cambiará nunca el curso de los acontecimientos? ¿Hasta cuándo habrá que soportar estos abusos?

GEORGE BETTS

Demos un paso al frente: ayudemos a vengar sus afrentas.

DE BARDE

¿Qué eres tú para hablar de venganza? Milord el embajador volverá a reprender a vuestro alcalde como no te castigó por esta presunción tan descarada.

WILLIAMSON

Es cierto que por una queja del embajador, porque sin querer no le cedí a un extranjero la acera, milord el alcalde me mandó un día a la prisión de Newgate. Podéis hacer lo que os plazca: la esposa del orfebre y la mía están a vuestra disposición.

GEORGE BETTS

Qué tontos más sufridos sois los dos, pues lo aguantáis.

DE BARDE

¡Aguantarlo! Que alguno me lo impida, si se atreve. Te digo, muchacho, que aunque se tratase de la esposa del alcalde de Londres, una vez en mi poder, me la quedaría a pesar de cualquiera que osase disputármela.

GEORGE BETTS

Y yo te digo, lombardo, que esas palabras te costarían tu mejor sombrero si no me obligasen el deber y la obediencia. ¡La esposa del alcalde de Londres! ¡Dios, habrase visto!

DOLL

Ay, Betts: ¿acaso no valgo yo lo mismo para mi marido que la esposa del alcalde de Londres para el suyo? [*a Williamson*] ¿Soportarás con tanta indiferencia tu propia vergüenza? [*a De Barde*] ¡Fuera las manos, extranjero presuntuoso! O, por Cristo que me compró, que, si los corazones de mantequilla de los hombres no se atreven a azotar a un extranjero, lo harán las mujeres, antes que soportar estos abusos.

DE BARDE

Señora, os digo que vendréis conmigo.

DOLL

No toques a Doll Williamson, no sea que ella acabe acostándose todo a lo largo en la tierra de Dios. Y vos, señor [*a Cavaler*], que dejáis esos bocados tan bastos para los carpinteros, mientras que los palomos que ellos pagan tienen que ser para vuestro delicado paladar, devolvédseles a mi esposo, o vendrán tantas mujeres a socorrerme que no quedará ni un trozo de ti sin desgarrar. Si nuestros esposos están obligados por la ley a soportar vuestros abusos, sus mujeres serán un poco rebeldes, y os darán una sonora tunda.

CAVALER

Vamos, De Barde, presentemos nuestras quejas a milord el embajador.

Salen los dos.

DOLL

Eso es, id, y mandádnoslo, que le daremos la bienvenida también. Qué vergüenza que los ingleses nacidos libres, que han vencido a los extranjeros allá en sus países, se vean en casa retados e insultados por ellos.

SHERWIN

No es que nos falte valor para la causa, sino que la estricta obediencia nos obliga. Yo soy el orfebre a cuyas quejas os referíais; pero en cuanto a vengar las vuestras o las mías, queda fuera de nuestras posibilidades.

LINCOLN

No es así, amigos míos, no es así. Soy un hombre común, vendedor de profesión, de nombre John Lincoln, y hace tiempo que cierro los ojos ante estas enormidades viles con impetuosa impaciencia; y estos dos hermanos aquí presentes, de nombre Betts, son testigos de que gustosamente daría mi vida por remediarlas.

GEORGE BETTS

Y va por buen camino, os lo digo yo, si todo cuadra.

DOLL

¿Cómo? Cuéntaselo, por favor, a Doll Williamson.

LINCOLN

Sabéis que en unos días comienzan los sermones de Semana Santa: he pergeñado una carta enumerando nuestras quejas y las insolencias de los extranjeros.

GEORGE BETTS

Con la intención de que los predicadores las proclamen abiertamente desde el púlpito.

WILLIAMSON

¡Ojalá! A fe mía que eso a los extranjeros les iba a irritar muchísimo.

DOLL

Sí, y si los hombres no os atrevéis a hacerlo, por Dios que lo haremos las mujeres. ¡Arrebatarle a un marido su mujer honesta! Eso es intolerable.

SHERWIN

Pero ¿qué dicen los predicadores ante nuestro proceder?

LINCOLN

El doctor Standish ha respondido que no es cosa suya ocuparse de semejante asunto en sus sermones, pero el doctor Beal hará cuanto sea posible para un clérigo, y no duda de que, tras exponer nuestras quejas, nos veremos felizmente atendidos. Veréis que no hay nada malo en la carta: aquí tengo una copia. Os ruego que la escuchéis.

TODOS

De todo corazón; leedla, por Dios.

LINCOLN

(*Lee.*) A todos vosotros, excelentes señores de esta ciudad, que os apiadaréis de vuestros pobres vecinos, y también de los importantes daños, pérdidas y dificultades, que dan lugar a una extrema pobreza para todos los súbditos del rey que habitan dentro de esta ciudad y en sus alrededores: pues es así que los foráneos y extranjeros se comen el pan de los huérfanos, y les quitan la subsistencia a todos los artesanos y el negocio a todos los mercaderes, por lo que la pobreza crece tanto que cada hombre lamenta la miseria de los demás; pues los artesanos se ven reducidos a pedir limosna, y los mercaderes, a la necesidad. Consideradas estas premisas, la compensación tiene que ser común para todos los de una parte: y ya que el daño aqueja a todos, también deben todos los hombres buscar remedio en sus gobernantes, y no soportar a esos foráneos en su riqueza, mientras que los nacidos en esta tierra quedan confundidos.

DOLL

Por Dios que es excelente; defenderé la causa como legítima.

SHERWIN

Bien, digamos que se ha leído, ¿cuál es el paso siguiente en el asunto?

GEORGE BETTS

¡Cuál! Pardiez, escuchadme. Sin duda que esto nos aportará muchos amigos, cuyos nombres guardaremos celosamente; y en la mañana del Primero de Mayo iremos a celebrarlo, pero será el peor Primero de Mayo que hayan visto nunca los extranjeros. ¿Qué os parece? ¿Estáis de acuerdo, o sois unos rebeldes apocados?

DOLL

Tranquilo, George Betts, tienes mi mano y mi corazón. Por Dios que seré capitán entre vosotros, y haremos algo de lo que se hablará siempre.

WILLIAMSON

Señores, antes de despedirnos, vayamos a beber juntos como amigos, y juremos por nuestras vidas guardar el secreto.

GEORGE BETTS

Tienes más razón que un santo. Venga, vayamos.

Salen.

ESCENA II

El juzgado.

Detrás de un tapiz están reunidos el LORD ALCALDE, el juez SURESBY y otros jueces, el escribano, el alguacil MORO y otro alguacil que observa. El demandante es Smart, y GATO es el preso en el banquillo.^[1]

LORD ALCALDE

Ya despachados los asuntos graves,
veamos las pequeñas felonías.
Alguacil Moro, ¿qué trae a este hombre?

MORO

Milord, está acusado de robar una bolsa.
Se le juzgó. Y ahora delibera el jurado.

LORD ALCALDE

¿Quién lo detuvo?

SURESBY

Lo hice yo, milord:
de haber justicia, ahorcado llevaría ya un tiempo;
es el único jefe de un montón de ladrones.

LORD ALCALDE

¿Cómo se llama?

SURESBY

Por su profesión,
Gato, milord, que sabe levantar una bolsa
con el mayor sigilo.

LORD ALCALDE

[señalando a Smart] ¿Y es ese el que lo acusa?

SURESBY

El mismo,
del que, con el permiso de vuestra señoría,

tengo algo que decir, pues pienso
que en algunos respectos bien merece la culpa.

LORD ALCALDE

Respetado juez Suresby, decid cuanto pensáis.
A todos nos complace oíros en audiencia.

SURESBY

Óyeme, Smart; eres un necio.
Si al Gato lo declaran culpable, y no veo
en qué modo el jurado podría exonerarlo,
afirmaré que eres culpable de su muerte.

MORO

[*aparte al alcalde*] Esto, milord, es digno de escucharse.

LORD ALCALDE

Escuchémoslo, pues, mi caro señor Moro.

SURESBY

[*a Smart*] Te digo claramente que es una desvergüenza
tentar con esa suma a la necesidad.
¿No menos de diez libras hay que llevar, señor,
abultando en la bolsa? ¿Para pavonearos,
para vanagloriaros, para andar presumiendo
por las tabernas? Alguien que sale con honestas
intenciones, al dar con un botín tan codiciable
puede ser provocado a lo que no pensó.
¿Por qué hay tantos rateros y felones,
sino por los señuelos que los necios agitan
para tentar al mísero débil necesitado?
Diez libras, más o menos; ¡qué bonita
cantidad para ir por ahí paseándola,
con lo segura que estaría en casa!
Habría que multaros con el doble,
para alivio de pobres prisioneros
y para que aprendáis a gastar más cuidado.
¡Por Dios, lo que en verdad mereceríais
es que hubiéseis perdido el doble de diez libras!

MORO

[*al lord alcalde*] Milord, seguidme la corriente,
por una vez y solo
para hacer una prueba en este caso.

LORD ALCALDE

De acuerdo, mi buen Moro. [*en voz alta*] Un rato pasaremos por el jardín, hasta que pueda el jurado dictar su veredicto. ¿Os parece bien, jueces?

TODOS

Nos parece muy bien, milord; vayamos.

Salen lord alcalde y jueces.

MORO

Id, demandante, vos también.

Sale Smart.

Y guardias,
apartaos, y dejadme al prisionero
un poco.

[*Salen todos menos Moro y Gato.*]

Gato, venid, acercaos.

GATO

¿Qué se le ofrece a su merced?

MORO

Caballero, sabéis que sé quién sois,
y muchas veces, desde que ejerzo de alguacil,
os salvé de este sitio. Además, ves
que el juez Suresby, aunque finja culpar ahora a Smart
por tentarte con tal cantidad de dinero,
más que amigo es un lastre.
Tengo algo que ofrecerte: idea la manera
de quitarle la bolsa a Suresby y, por mi honor
de cristiano y de hombre,
que te procuraré con la broma el perdón.

GATO

Buen alguacil, no me busquéis la ruina.
Sabed que mis amigos, señor, suelen ser lastres,
y me caerán encima aún más acusaciones.
Sois demasiado hondo para mí.
Se os conoce por ser uno de los más sabios
de Inglaterra. Yo os ruego, mi señor alguacil,
que no vengáis con una de las vuestras a hundirme.

MORO

Gato, acercaos, venid, soy súbdito leal del rey.
Te equivocas conmigo: y, para que no pienses
que intento hacerte daño en absoluto,

en cuanto lo hayas hecho, diré que lo hice yo.
Tú sabes que en mis manos tengo asuntos,
que, si quisiese darlos al jurado,
no necesitaría de este modo engañarte.
No más pretendo que una travesura:
Gato, llévala a cabo; en mí confía.

GATO

Señor, os lo agradezco. ¡Dios os guarde!
Pero el juez Suresby se ha marchado
y no puedo acercarme adonde está.

MORO

Eso va de mi cuenta. Haré de anzuelo.
Te lo enviaré enseguida
diciéndole que tú has pedido verle
para tratar con él de cuestiones privadas.

GATO

Si así lo hacéis, señor, dejadme solo.
Cuarenta a uno a que su bolsa vuelva.

MORO

¡Así se dice!, pero ten cuidado
y ni un penique pierdas de esa bolsa,
sino dámela entera. En esta acción,
radica el crédito en hacerla bien.

GATO

Lo haré como decís, os lo aseguro. *Sale Moro.*
Ya sé lo que pretende el caballero:
poner en evidencia la necedad del juez,
que culpa a los demás de algo
en que puede caer como cualquiera.
Para salvar mi vida, es toda una aventura.
¡Silencio, psch, que llega el juez!

Entra el juez Suresby.

SURESBY

Y bien, muchacho, dime, ¿qué deseas?
¿Descargar tu conciencia igual que un hombre honesto?
¿Qué me cuentas, muchacho? Y sé breve, sé breve.

GATO

Seré breve, señor, tan breve como pueda.
(*aparte*) Y si estuvieseis quieto, ya sería brevísimo.

SURESBY

Habla bien, no masculles. ¿Qué estás diciendo, hombre?

GATO

Señor, como que Dios ha de ser mi consuelo,
me acusan de algo más que la verdad.

SURESBY

Señor, señor, sin duda, de más que la verdad,
pues se os acusa llanamente de felonía.
Se os acusa de más que la verdad: de robo.
De más de lo que nadie acusa a un hombre justo:
tú eres un bribón. Eso no excede a la verdad.
No, no juegues conmigo, no lo hagas, caballero;
confiesa solamente, sin más, eso que sabes.

GATO

Hay, señor, hay, si os place...

SURESBY

¡«Hay», granuja! ¿Qué hay? Dime qué hay.
Habla de una vez: ¡hay! ¿Qué hay, bribón?

GATO

Hay, señor, varios tipos tan astutos que, mientras
uno los mira cara a cara, ellos
te levantan la bolsa.

SURESBY

Eres un ladronzuelo honesto. Dime,
¿quiénes son? Dime, ¿dónde podemos atraparlos?
Sí, esos son los que busco.

GATO

Habláis de mí, señor.
¡Qué va, yo soy un aprendiz! Hay uno
que usa mi nombre; y corta todas, todas las bolsas.
Os mostraría cómo, señor, si no temiese
tomarme demasiadas confianzas.

SURESBY

Tómate tantas como quieras, granujilla,
que eso anhelo saber.

GATO

(*aparte*) Lo anhelado sabréis antes de iros...
Ese tipo, señor, quizá os salude

(acción [*de abrazarle*])
así, o así, o así, y con buenas palabras
simule que os conoce, o dude un poco;
y estos abrazos servirán...

SURESBY

(*se revuelve nervioso*) Sí, vamos, Gato, dime, ¿para qué servirán?

GATO

Para notar si vais a todo trapo o no,
o sea, si lleváis el barco bien cargado.

SURESBY

Hablando en plata, Gato, ¿si mi bolsa
va llena o no?

GATO

Lo habéis captado, sí.

SURESBY

¡Excelente, excelente!

GATO

Entonces, por educación, señor,
no tendréis más remedio que andar con él un rato,
pues él irá con vos, alegando que, o bien
le olvidasteis o bien se ha confundido.

SURESBY

Pero ¿tiene mi bolsa, o no la tiene?

GATO

Aún no, señor, ¡aún no! [*aparte*] Ni aún tengo la vuestra...

[*Le quita la bolsa.*]

[*Entran el lord alcalde, los jueces y el escribano.*]

Pero callemos: vuelven los señores.

SURESBY

[*aparte, dirigiéndose a Gato*] ¡Qué inoportunos! Gato; tú y yo hablaremos luego.

[*en voz alta, dirigiéndose a Gato*] Me dices la verdad:

sin duda que hay bribones muy astutos.

Toma asiento.

Pero, ¿me engañarán cual gaviota, cual pato,
cual urraca, cual pájaro bobo? Ah, no, que para mí son [cortos.

Donde vuelan las bolsas se encuentran tonto y pícaro.

Los prudentes las cuidan.

MORO

(*aparte*) Gato, ¿está?

GATO

(*aparte*) Hecho, alguacil. Hela aquí.
[*Entrega a Moro la bolsa de Suresby.*]

MORO

(*aparte*) Confía en mi palabra. Te salvaré la vida.

ESCRIBANO

Gato, sube al escaño. Te declara el jurado culpable: has de morir.
Ocupaos según la costumbre, alguacil.

LORD ALCALDE

Pues según es costumbre, la limosna para enterrar al reo la hemos de dar nosotros ya que aún no tenemos lugar de enterramiento.
[*Pone el dinero en la mesa*]
Aquí tenéis la mía.

ESCRIBANO

[*Añade dinero*] Y la mía.

OTRO

[*Añade dinero*] Y la mía.

SURESBY

[*Se palpa la ropa*] ¡Por todos mis huesos que mi bolsa no está!

MORO

¿No está, señor! ¿Y cómo? ¿Aquí? ¿Cómo es posible?

LORD ALCALDE

Contra toda razón: ¿en esta santa sala?

SURESBY

Gato, yo hablé con vos..., ¿no seréis vos quien me la ha levantado, eh?

GATO

¿Vos sospecháis de mí? ¡Oh, qué mundo este!

MORO

Pero escuchadme, Suresby, ¿estáis seguro de que llevabais vuestra bolsa encima?

SURESBY

¡Tan seguro, señor alguacil! Tan seguro
como que estáis ahí, y dentro de ella
sus buenas siete libras, a fe mía.

MORO

¿Sus buenas siete libras? Ni que estuviéseis loco.
¡Vos, hombre tan prudente y magistrado grave,
llevando en vuestra bolsa tantas libras!
¿Sus buenas siete libras? ¡Qué vergüenza
tentar de esa manera a la necesidad!
Os lo aseguro: el hombre que sale de su casa
con honesta intención, en viendo tal botín,
puede verse tentado a lo que no pensaba.
¿Por qué hay tantos rateros y felones,
sino por los señuelos que los tontos agitan
para tentar al mísero débil necesitado?
Si ahora detuvieran al que tiene
vuestra bolsa, declaro que seríais
culpable de su muerte.
La ley, sin duda, lo condenaría.
Lo justo, pues, sería multaros con el doble,
para alivio de pobres prisioneros,
y eso os enseñaría
a guardar vuestras libras mucho mejor en casa.

SURESBY

Bien, señor Moro, sois gracioso, muy gracioso.
Ya lo cojo, señor, lo cojo bien.

MORO

No, ya veréis, señor, al confiar así vuestro dinero,
y estando aquí este Gato por algo parecido,
de no ser porque el pobre hombre está preso,
pensaríamos que él lo tiene ahora.
Así se puede ver cuánto malentendido
se propicia llevando ingenuamente
cantidades, sin duda, innecesarias.

LORD ALCALDE

Creedme, Suresby, es raro que vos, vos,
un hombre tan cabal,
caigáis en lo que a otro censurasteis.

MORO

Señor Suresby, tened aquí la bolsa

con el dinero. No temáis a Moro.
Y recordadlo: «La prudencia siempre
cierra las puertas y las contrapuestas».

[*Salen*]

[1] Nos encontramos aquí por primera vez, y será una constante de las escenas cómicas, con unos nombres parlantes. El apellido del juez Suresby nos remite a la seguridad en sí mismo con la que se expresa, mientras que «Smart», que significa ‘inteligente’ está usado con estridente ironía. Como ‘Gato’, aprovechando el crédito de nuestro Siglo de Oro, hemos traducido el nombre original de ‘Lifter’.

ESCENA III

Una sala palaciega en Londres.

*Entran los condes de SHREWSBURY y SURREY, sir THOMAS PALMER y sir
ROGER CHOLMLEY.*

SHREWSBURY

Milord de Surrey y sir Thomas Palmer,
¿puedo solicitar vuestro consejo sabio?
Os confieso que en estos momentos peligrosos
no me gusta ese ceño arrugado del pueblo.
No había contemplado mi ojo siempre avizor
una expresión de pena más desesperanzada
que la que últimamente puede verse
en la gente infeliz de la ciudad.

SURREY

Es raro
que de la alta clemencia del monarca,
tan bien templada de misericordia
para los extranjeros en esta tierra fértil,
brote esa emperifollada insolencia.
Que aquellos que respiran por su graciosa dadivosidad
se suban a las barbas de sus súbditos,
¡ellos, que engordan gracias al comercio de nuestra patria!

PALMER

Pero el embajador impidió a Sherwin,
que emprendiese, mediante un recurso a su alteza,
juicio contra De Barde,
que, habiéndose llevado a su esposa, después,
le tomó plata por valor de cuatrocientas libras,
lo que indignó a bastantes, pues les echan en cara
a todos y a menudo esta vil desvergüenza.
Y ahora De Barde demanda a Sherwin: lo detuvo,
pidiéndole dinero por la manutención de su mujer.

SURREY

¡Vaya rufián De Barde,
que, tras usar la propiedad de Sherwin,
pretende el interés del usufructo!
No me gusta, milord de Shrewsbury.
No es prudente prestar un buen caballo
a nadie que no sepa mantenerlo.

CHOLMLEY

Milord de Surrey siempre tan jocoso.

PALMER

Encomendado por sus señorías
fui a ver el susodicho. Acudí a persuadirle
de su propia injusticia y a expresar los lamentos
de la ciudad quejosa. Me contestó jurando
con gran solemnidad que si tuviese
a la misma mujer del alcalde de Londres
se quedaba con ella, pese a cualquier inglés.

SURREY

Mejor, sir Thomas, para vos y para mí, entonces.
Vuestra mujer murió y yo soy soltero.
Si ningún hombre puede disponer de su esposa,
es una suerte no tener ninguna.

CHOLMLEY

Yo, de tomar esposa, sabría mantenerla.

SURREY

Muy bien dicho, sir Roger Cholmley. Si estos franceses
lujuriosos requieren diversión,
deberían correr con los gastos al menos.
Es duro que posean nuestras mujeres tan tranquilos,
y que encima nos pasen a nosotros la cuenta.

SHREWSBURY

Nuestros siervos, milord, cuando van al mercado
han de sufrir que algún extranjero les quite
cuanto traían.
Me informan que hace poco a un carpintero
que compró un par de tórtolas
enseguida se las quitó un francés,
que al desdichado apaleó por resistirse;
y, cuando el infeliz corrió a quejarse,
su recompensa fue un castigo peor.

SURREY

Pues si la sangre inglesa de pronto se levanta,
y están los corazones ya colmados,
mucho me temo que antes de que se calme el ánimo
algunos extranjeros insolentes
pagarán su arrogancia a muy buen precio.
Esta pleamar de ira —remolinos rabiosos—
ahogará muchas vidas.

CHOLMLEY

Perdónenme por Dios sus señorías:
Son culpables los hombres de vuestra alcurnia y títulos.
No es posible en verdad que el soberano
esté informado de estos abusos tan rastreros
y ofensas cotidianas que padecen sus súbditos.
Que si el rey lo estuviera, su graciosa prudencia
remediaría pronto todo esto.

Entra un mensajero.

SHREWSBURY

Dinos, ¿qué hay?

CHOLMLEY

Nada bueno, me temo.

MENSAJERO

Milord, malas noticias, que a peor van a ir
si no se pone un rápido remedio.
Se ha alzado la ciudad y está el alcalde
en peligro si sale de su casa.
Algunos de los artesanos pobres
han tomado las armas, y amenazan
con vengar tanto agravio.

CHOLMLEY

Nos lo temíamos. Ha sucedido
porque el doctor leyó
la carta desde el púlpito.

SHREWSBURY

Ningún favor se ha hecho leyéndola
ese tal doctor Beal.

PALMER

Nuestras fuerzas unamos al alcalde

para aplastar de golpe la revuelta.

SURREY

Un momento: recuerdo ahora a master Moro,
un alguacil, que es sabio y docto gentilhombre,
y a quien el pueblo tiene en especial estima.
Respaldado por otros hombres graves,
quizá pueda, con su gentil discurso,
prevalecer mejor que nuestra fuerza.

SHREWSBURY

¡Qué excelente consejo! Apresurémonos,
que me temo que a muchos a sus tumbas
llevarán los afanes de este día.

Salen.

ESCENA IV

Saint Martin, en Londres.

Entran LINCOLN, los hermanos BETTS, WILLIAMSON, SHERWIN, y otros, armados; DOLL con cota de malla, casco, espada y escudo; acompañantes.

BUFÓN BETTS

Vamos: les daremos bien, les daremos por detrás un buen palo. ¿Gobernarán los extranjeros el gallinero? Sí, pero nosotros regaremos el asado. Vamos, vamos, ¡con gallardía!

GEORGE BETTS

Hermano, quitaos de enmedio y dejad hablar a John Lincoln.

BUFÓN BETTS

Lincoln, mi guía,
y Doll, matrona mía,
con los demás irán,
tarantrantrán.
Lo que puedan, harán.
¿Nos ahogarán? ¡No!
¿Nos burlarán? ¡Tampoco!
Libre es nuestra nación,
libres somos nosotros.

DOLL

¡Silencio ahí, oíd, es el capitán Lincoln!
Callad hasta saber lo que piensa en detalle.

BUFÓN BETTS

Pues que hable ya en detalle. Habla, grandullón, y al que se atreva a interrumpir tu prédica, ¡esto para él!

LINCOLN

Vosotros, bravos, cuyas almas libres
desprecian soportar los insultos foráneos,
sumad la rabia a la resolución.
Prended fuego a las casas de esos salaces extranjeros.

Ya hemos llegado a Saint Martin, el barrio
en donde vive Meautis, que es un picardo rico,
ahí, en la Puerta Verde;
y De Barde, Peter Van Hollak, Adrian Martin,
y demás expatriados fugitivos.
¿Porqué van a tener más privilegios
ellos en nuestra patria? Nos vendría
mejor ser sus esclavos. Si no impone
respeto la justicia, hoy nosotros
nos volveremos rudos ministros de la ley.

BUFÓN BETTS

¡No uséis espadas,
ni más palabras;
fuego no más,
oh capitán,
fuego a sus casas!

DOLL

Sí, haremos hogueras el Primero de Mayo lo mismo que por San Juan. Revolveremos
el día en el calendario y lo marcaremos con letras de fuego.

SHERWIN

¡Quietos! No, que pondríamos en peligro toda la ciudad, y yo no quisiera hacerle el
menor daño.

DOLL

No, ni yo tampoco, no vaya a arder de paso mi casa. ¿Sabéis lo que os digo?
Arrastraremos a los extranjeros hasta el Campo del Moro[1], y les zurraremos hasta que
hiedan.

BUFÓN BETTS

¡Si eso está hecho!, ya apestan a miedo.

GEORGE BETTS

Entremos en las casas y, si están
allí los extranjeros, los sacamos.

DOLL

Que los saquéis si no están, yo no lo consentiré.

BUFÓN BETTS

Por Marte que, ya sea
holandesa o francesa,
en siendo una mujer,
yo, yo la tomaré.

[*Salen el Bufón, Sherwin y otros.*]

WILLIAMSON

Eh, muchachos, cuidado, ¿cómo nos salvaremos?
El alcalde ha reunido hombres de armas,
y en Ludgate Tomás Moro ha recibido
a miembros del Consejo. O a la fuerza
nos ganamos la paz o caemos del todo.
Sabrán que somos los instigadores.

DOLL

¿Y qué? Si tienes miedo, vuelve a casa, marido, y esconde la cabeza. Por Dios que yo
me voy a divertir un poco, ya que estamos.

GEORGE BETTS

Confiaremos en nuestras espadas y, si vienen,
se les recibirá como a enemigos.

[*Entran el BUFÓN BETTS, SHERWIN y los demás.*]

BUFÓN BETTS

¡Botín, botín! ¡Hemos encontrado!..., ¡hemos encontrado!...

DOLL

¿Qué?

BUFÓN BETTS

Nada. Ni un flamenco francés ni un francés flamenco hemos encontrado; hablando en
plata, todos han huido.

LINCOLN

¡Qué! ¿No habéis dado con ninguno?

SHERWIN

No, ni uno, todos han volado.

LINCOLN

¡Fuego a las casas, fuego!, que el alcalde se ocupe
de apagarlo, y nosotros escaparemos mientras.
¡Quemad esas perreras!, y nos vamos de aquí.
Que el Primero de Mayo no nos sea funesto.

[*Salen todos menos el bufón Betts.*]

BUFÓN BETTS

¡Fuego, fuego! Yo empiezo y, si nos cuelgan,
que sea en buena hora: más no puede pasarnos.

[*Sale.*]

[1] Terrenos que se encontraban realmente fuera de las murallas de Londres, al norte, tras Moorgate; pero la palpable similitud con el nombre del protagonista sugiere una subterránea relación entre las posibles víctimas de esta crisis violenta y el papel que luego representará Tomás Moro.

ESCENA V

Casa consistorial.

Entran por una puerta TOMÁS MORO y el LORD ALCALDE; por la otra, SIR JOHN Munday, herido.

LORD ALCALDE

¿Qué ha pasado, sir John Munday? ¿Os hirieron?

SIR JOHN

Milord, un golpecito. Había visto
a algunos aprendices jugando con sus porras
y los mandé a las casas de sus maestros; pero
uno de ellos, entonces, respaldado
por los demás, me sacudió en la frente,
y ahora se han sumado, me temo, a Lincoln, Sherwin
y su rebelde séquito.

MORO

Los capitanes de esta insurrección
han tomado las armas, y acaban de marchar
a las dos cárceles, donde han librado
a un montón de deudores. Desde allí
han llegado a Saint Martin, y amenazan
con gran violencia a unos aterrados lombardos...
Por lo tanto, milord,
si deseamos la seguridad,
es hora de que fuerza o diálogo salgan
a encontrarse con tantos descontentos.

Entra un mensajero.

LORD ALCALDE

¿Qué nuevas hay?

MENSAJERO

Los rebeldes, milord, han entrado en Newgate,
de donde han liberado a muchos presos,

tanto a felones como a asesinos conspicuos,
hombres desesperados que se aferran al caos.

LORD ALCALDE

¡Subid el puente, concentrad las fuerzas
en Cornhill y Cheapside! Y, caballeros,
si somos diligentes, volverán
las aguas a su cauce.

[*Sale el mensajero.*]

Entran SHREWSBURY, SURREY, PALMER, CHOLMLEY.

SHREWSBURY

Al saber nuestro rey, señor alcalde,
de esta peligrosísima amenaza,
nos envía a milord de Surrey y a mí
y al señor Thomas Palmer y a nuestros seguidores
a unir a vuestras fuerzas nuestros medios
para pacificar este motín.
Por Dios, entonces, ¡vamos prestos todos!
Lamenta el rey que un solo súbdito suyo sangre.

SURREY

Las casas de los extranjeros quieren quemar.
Poder, ¿esto eres para un enajenado?
Al torpe idiota vuelves experto en la matanza.

MORO

Mis señores, no dudo de que apaciguaremos
con aliento sereno el flujo del enojo.

PALMER

¡Bien dicho, master Moro! Si pedimos
parlamentar sin duda que saldremos ganando.

MORO

Veamos a esos hombres sencillos; muchos sudan
luchando pero ignoran que el peso de la ley
cuelga sobre sus vidas. Hombres necios,
andan sin saber cómo, como pluma de tonto,
que, al terminar, resulta que no ha escrito una frase
brillante o razonable en lo más mínimo.
Van sin mala intención; pero también incurren
en el delito junto con los instigadores.
En el nombre de Dios, ¡vayamos a calmarlos
con un discurso grave, no con golpes!

Salen.

ESCENA VI

Puerta de Saint Martin.

Entran LINCOLN, DOLL, BUFÓN BETTS, GEORGE BETTS, WILLIAMSON, SHERWIN, *ciudadanos y aprendices armados*.

LINCOLN

¡Silencio! ¡Escuchadme! El que no quiera ver los arenques a cuatro peniques, la mantequilla a once peniques la libra, la harina a nueve chelines la fanega, y la carne de vaca a dos nobles la arroba, que me escuche.

GEORGE BETTS

Llegará a eso, si seguimos aguantando a los extranjeros. Hacedle caso.

LINCOLN

Nuestro país es un gran país para comer; *argo*, comen más en nuestro país que en el suyo.

BUFÓN BETTS

A razón de un pan de medio penique pesado a la francesa.

LINCOLN

Traen consigo raíces raras, que son la ruina de los aprendices pobres; pues ¿qué es un triste boniato para un buen apetito?

WILLIAMSON

¡Basura, basura! Dan ganas de llorar, y se bastan para poner a temblar a toda la ciudad.

LINCOLN

Mirad, ya la han puesto; pues estos bastardos del estiércol —como sabéis, crecen en estiércol— nos han infectado, y nuestra infección hace temblar la ciudad, en parte por comer boniatos.

BUFÓN BETTS

Cierto, y calabazas también.

[*Entra Downes, un macero*]

DOWNES

¿Qué respondéis a la merced del rey?
¿La rechazáis?

LINCOLN

Queréis cogernos por la espalda, ¿no? No la rechazamos, no. Aceptamos la merced del rey, pero con los extranjeros no tendremos merced.

DOWNES

Sois los más simples que jamás trataron
semejante cuestión.

LINCOLN

Aprendices, ¿qué decís? ¿Vosotros, simples? ¿Simples, los aprendices? ¡Abajo con él!

TODOS

¿Simples los aprendices? ¿Simples los aprendices?

Entran el LORD ALCALDE, SURREY, SHREWSBURY, MORO, PALMER. *Rescatan a Downes.*

SHREWSBURY

¡Alto! En nombre del rey, ¡alto!

SURREY

Amigos, maestros, compatriotas...

LORD ALCALDE

¡Silencio, eh, silencio! ¡Os conmino a guardar silencio!

SHREWSBURY

Maestros, compatriotas...

WILLIAMSON

¡El noble conde de Shrewsbury! Escuchémoslo.

GEORGE BETTS

Oigamos al conde de Surrey.

LINCOLN

¡El conde de Shrewsbury!

GEORGE BETTS

Oiremos a los dos.

TODOS LOS CIUDADANOS

¡A los dos, a los dos, a los dos!

LINCOLN

¡Silencio, os digo! ¿Sois hombres cabales, o qué?

SURREY

Lo que queráis, menos cabales.

ALGUNOS CIUDADANOS

No queremos oír al conde de Surrey.

OTROS CIUDADANOS

¡No, no, no, no, no! ¡Shrewsbury, Shrewsbury!

MORO

Han desbordado las orillas
de la obediencia: arramblarán con todo.

LINCOLN

Habla el alguacil Moro; ¿lo escuchamos?

DOLL

Oigámoslo: nadie tiene más alguacilidad, y gracias a él mi hermano Arthur Watchins es ayudante del sargento Safe.^[1] Oigamos al alguacil Moro.

TODOS LOS CIUDADANOS

¡Alguacil Moro, Moro, Moro, Alguacil Moro!

MORO

[*a Lincoln*] Por la regla que os rige,
ordenad silencio.

ALGUNOS CIUDADANOS

¡Surrey, Surrey!

OTROS CIUDADANOS

¡Moro, Moro!

LINCOLN, GEORGE BETTS

¡Paz, paz, silencio, paz!

MORO

[*a Lincoln*] Ordenadles que callen,
pues tenéis voz y crédito entre la muchedumbre.

LINCOLN

Malditos sean, no callan, son una plaga. Ni el diablo puede con ellos.

MORO

Qué burdo cargo impracticable el vuestro

de dirigir a aquellos que ni el diablo puede.
[a todos] Buenos maestros, oídme hablar, oídme.

DOLL

Sí, por la Santa Misa que lo haremos, Moro. Sois buen administrador de vuestra casa, y os doy las gracias en nombre de mi hermano Arthur Watchins.

TODOS LOS DEMÁS CIUDADANOS

¡Silencio! ¡Silencio!

MORO

Mirad, negáis aquello que gritando pedís,
es decir, el silencio. Pensad, los que aquí estáis,
si de recién nacidos, unos hombres
la paz hubiesen roto, como acabáis de hacer,
la paz en que crecisteis hasta ahora,
si os la hubieran quitado, y unos tiempos sangrientos
hubiesen impedido que llegaseis a hombres,
ay, pobres, ¿qué es lo que tendríais,
aunque os diésemos eso que buscáis?

GEORGE BETTS

Pardiez, que se vayan los extranjeros, lo cual no puede sino favorecer a los pobres artesanos de la ciudad.

MORO

Dadlos por expulsados, pensad que vuestro ruido
ya acabó en Inglaterra con toda majestad.
Y a esos desgraciados imaginad que veis
cargando a sus espaldas sus niños y sus bultos
hacia puertos y costas en busca de transporte,
y que cumplís, cual reyes, todos vuestros deseos,
muda la autoridad ante vuestras bravatas,
y vosotros vestidos con la gola
de vuestras opiniones; ¿qué habríais conseguido?
Os lo diré: enseñar a la insolencia
a avasallar el orden, y a la mano
dura a vencer. E instaurado ese método,
ninguno de vosotros a anciano llegaría,
porque nuevos rufianes y según sus caprichos,
con esa misma mano, razones y derecho,
os harían sus presas, y los hombres,
como peces hambrientos, unos
a otros se devorarían.

DOLL

Por Dios, que está diciendo el Evangelio.

GEORGE BETTS

Este hombre es sensato, os lo digo yo. Escuchémoslo.

MORO

Amigos, permitidme proponer un supuesto.

Si me escucháis veréis qué forma

horrible toma vuestra innovación

Primero, es un pecado

del que el apóstol nos previno

urgiendo a respetar la autoridad.

Yo no erraría si os dijese a todos

que os alzasteis en armas contra Dios.

TODOS LOS CIUDADANOS

¡No!, ¡no! ¡Dios no lo quiera!

MORO

Desde luego que sí,

pues es Dios quien concede al rey su puesto

de temor, de justicia, de poder y de mando.

Le ha ordenado que rija, y a vosotros

que obedezcáis. Y, para hacerle aún más sacro,

no sólo su figura ha concedido al rey,

y su trono y su espada, sino incluso su nombre:

el rey, dios en la tierra. ¿Qué hacéis, pues,

al rebelaros contra aquel que el mismo Dios sostiene

sino contra Él rebelaros? ¿Qué hacéis a vuestras almas

haciéndolo? Aunque estéis desesperados,

lavad con lágrimas

vuestras mentes manchadas, y esas manos

que, rebeldes, contra la paz alzáis,

alzadlas por la paz; y esas vuestras rodillas

irreverentes, convertidlas

en pies. Arrodillarse

para pedir perdón es más seguro

que cualquier guerra cuya disciplina

sea la rebelión.

¡Entrad, entrad en obediencia! Incluso

la rebelión precisa de obediencia.

Decidme sólo esto: ¿Qué capitán rebelde,

iniciado el motín podría con su nombre

retener a la chusma? ¿Quién obedecerá

a ese traidor, cuya proclamación

de «capitán» no os puede sonar bien
llevando el adjetivo de «rebelde»?
Los extranjeros los derribaréis,
los mataréis, les cortaréis el cuello, ocuparéis sus casas
y llevaréis atada la fuerza de la ley
para azuzarla como un perro. ¡Ay!
Supongamos ahora que el monarca,
piadoso con el criminal arrepentido,
se queda corto ante esta enorme ofensa,
y no os mata, os destierra. ¿Adónde iríais?
¿Qué país, a la vista de vuestro yerro, asilo
os daría? Id a Francia, a Flandes, a cualquier
provincia de Alemania, a España, a Portugal,
a un sitio que no sea aliado de Inglaterra,
y allí tendréis que ser extranjeros. ¿Querríais
dar en una nación de carácter tan bárbaro
que, revolviéndose en atroz violencia
no os dejase encontrar un cobijo en su suelo,
sus odiosos cuchillos afilase
contra vuestras gargantas, despreciándoos
como a perros, lo mismo que si Dios
no os hubiese creado y no os reconociera;
y como si no fuesen los elementos útiles
para vuestra existencia, sino una propiedad
para ellos reservada? ¿Qué diríais
si os tratasen así? Así
tratáis vosotros a los extranjeros
y así es vuestra oceánica falta de humanidad.

TODOS LOS CIUDADANOS

Por mi fe que es verdad. Hagamos a los demás como quisiéramos que nos hiciesen a nosotros.

LINCOLN

Nos dejaremos gobernar por vos, master Moro, si intercedéis y nos procuráis el perdón.

MORO

Rendíos a estos nobles caballeros
y suplicad que medien ante el rey,
someteos también al magistrado;
y no hallaréis más que piedad, sin duda,
si la buscáis.

TODOS LOS CIUDADANOS

Nos sometemos, y deseamos la piedad de su alteza.

Dejan sus armas.

MORO

Su majestad os la concederá.
Pero habéis de aceptar ir a diversas cárceles,
hasta que se conozca la voluntad del rey.

TODOS LOS CIUDADANOS

Donde ordenéis, de todo corazón.

SHREWSBURY

Lord alcalde, que a cárceles diversas los envíen,
y que los traten bien.
Milord de Surrey, por favor, montad
y acudid a Cheapside, donde los jefes
de los gremios esperan con sus hombres de armas.
Ordenadles que vuelvan a sus barrios,
para evitar nuevos motines
y para detener a todo el que proteste.

SURREY

Voy, mi noble señor.

Sale.

SHREWSBURY

Y nosotros marchamos a dar la buena nueva
al rey. Alguacil Moro, sabrá que vuestro aliento
rescató de la muerte a muchos de sus súbditos.

LORD ALCALDE

Lincoln y Sherwin, iréis los dos a Newgate;
y los demás, a Counters.

PALMER

Id, guardadlos. Un poco de aliento bien usado
en el momento justo disuelve un gran desorden.

DOLL

Bien, alguacil Moro, has hecho más con tus buenas palabras que todos esos con sus
armas. Dame la mano. Cumple ahora tu promesa de conseguir el perdón del rey, o por
Dios que diré que no eres más que un simple engañabobos.

LINCOLN

Adiós, alguacil Moro. Porque a ti nos rendimos,
obtennos tú la paz. Así actuarás honestamente.

BUFÓN BETTS

Sí, y sálvanos del patíbulo, o nos habrás, con tanta honestidad, engañado bien.

[*Los ciudadanos salen.*]

LORD ALCALDE

Master alguacil Moro, salvasteis la ciudad
de una fiera inquietud muy peligrosa.

Pues si esta mecha de Saint Martin,
se hubiese unido a las que en otras partes
de Londres empezaban a prender,
se habría generado una gran ira.

Ira que habría alimentado crímenes.

PALMER

Elocuencia y no acero este bien nos forjó.

Nos habéis redimido de una sangre segura.

MORO

Milord, hermanos, lo que he dicho aquí,
el amor por mi patria
y el desvelo, después, por mi ciudad
me lo inspiraron. Si ha prevalecido,
será que Dios ha hecho del débil Moro su instrumento
para frustrar la sedición violenta.

Pienso que lo mejor sería
que dentro de dos horas nos reunamos
en el Ayuntamiento, y allí determinemos
que se monte una guardia en cada barrio,
y otras de hombres selectos a las puertas
de la ciudad, cabales ciudadanos,
que velen esta noche, por temor
a que haya más revueltas.

LORD ALCALDE

Se hará así.

Entra Shrewsbury [con alabardero].

Mirad, creo que llega milord de Shrewsbury.

SHREWSBURY

Milord, su majestad os envía su cariñosa gratitud
a vos, a vuestros hermanos y a sus leales súbditos,
vuestros conciudadanos. Y, master Moro, a vos
un saludo más rudo, pero igualmente amable.

Vuestro nombre es muy corto. Debéis arrodillaros.

[*Se arrodilla Moro.*]

Un caballero crea esta caballeresca espada.
[*arma caballero a Moro.*]
Sir Tomás Moro, levantaos.

MORO

[*Se levanta.*] Agradezco a su alteza tanto honor.

SHREWSBURY

No es más que el primer sorbo del favor principesco,
pues a su majestad también le place,
viendo vuestra prudencia y vuestro mérito,
poner en vuestra mano este bastón de mando,
y así os designa miembro del Consejo del rey.

[*Entrega a Moro el bastón de mando.*]

MORO

No puedo rechazar la generosidad del rey,
sería como echar piedras preciosas al montón
del que han salido.
Y excusarme exponiendo imperfecciones
sería algo bien rancio, una rutina. No:
mi servicio es del rey. Y con motivo,
pues la vida y la muerte penden del ojo del monarca.

LORD ALCALDE

Su majestad ha honrado a la ciudad
con este principesco nombramiento.

MORO

Milord, hermanos míos,
aunque tenga que irme, se quedará mi amor
en este hogar en que mi juventud
fue bendita. En la Corte debo dormir ahora
no muy profundamente. El chambelán
ha de atender a los asuntos públicos.
Mas aunque ascienda así mi sangre humilde,
mis pensamientos seguirán buscando
el bien de la ciudad.

Entra CROFTS.

SHREWSBURY

¡Hola, Crofts! ¿Qué noticias traes?

CROFTS

Su alteza envía órdenes expresas
para que se levante un acta del motín,
y que al jefe y los otros cabecillas
se les acuse de inmediato. Quiere
juzgar él en persona a los demás mañana
en Westminster.

SHREWSBURY

Ya habéis oído, Lord Alcalde.
Vamos, Sir Tomás Moro, vayamos a la Corte,
que vos apaciguasteis el motín.

MORO

[*al lord alcalde*] Milord, adiós. Los nuevos días traen [nuevos tiempos].
La vida gira en torno al destino, y entonces
resbala hacia la tumba.

Salen en distintas direcciones.

[1] De nuevo ambos apellidos son nombres parlantes, con un efecto cómico a la vez que caracterizador. ‘Safe’ significa ‘seguro’, que es bien apropiado para un sargento; y ‘Watchins’ remite a la ‘vigilancia’, cualidad imprescindible para su ayudante.

ESCENA VII

Cheapside.

Entra el ALGUACIL y se encuentra con un mensajero.

ALGUACIL

Mensajero, ¿qué nuevas traes?

MENSAJERO

¿La ejecución ya se ha llevado a cabo?

ALGUACIL

Aún no. Las carretas están prestas
y pronto partirán a Tyburn.

MENSAJERO

Esperad, master alguacil. El Consejo desea,
para más escarmiento en un caso tan grave,
que se erija una horca en Cheapside,
junto a la fuente, a donde llevaréis
a Lincoln y a los otros cabecillas.
Serán ajusticiados de inmediato.

Entran guardias.

ALGUACIL

Así se hará, señor.

Sale el mensajero.

Guardias, de prisa,
que erijan una horca.
Que vayan otros a Newgate; que traigan
aquí a los prisioneros, que aquí deben morir.
Partid, os digo, no perdáis el tiempo.

GUARDIAS

Vamos, señor.

ALGUACIL

Bien dicho. Cumplid vuestro deber.

Salen algunos, en distintas direcciones. Otros erigen la horca.

¡Que nos ayude Dios en estos tiempos tan difíciles!
La multitud que observa, que abarrota las calles,
obliga a nuestros guardias a abrir con alabardas
un estrecho camino para los prisioneros.
Proclamadlo de nuevo: que los maestros velen
bajo pena de muerte
sobre sus aprendices y que esté cada hombre
a su puerta y armado, o que se atenga
si no a las consecuencias.

GUARDIA

Señor, me ocuparé de que se cumpla.

Sale.

Entra otro guardia.

ALGUACIL

Llevadlos ya al patíbulo.
Hace dos horas que llegó la orden
y multarán a la ciudad por la tardanza.

2º GUARDIA

Son tales el desorden y el gentío en Newgate
que no pueden llevar hasta allí la carreta
para montar en ella a los reclusos.

ALGUACIL

Pues que vengan a pie.
No podemos jugar con unas órdenes
que vienen de tan alto.

2º GUARDIA

Algunos miembros
del tribunal piensan que convendría
esperar y dejar que se corra la voz
de que la ejecución se retrasa a mañana;
y, en cuanto se despejen estas calles,
acordonarlas y despachar todo
de forma expeditiva.

*Traen a los prisioneros, entre ellos LINCOLN, DOLL, WILLIAMSON, BUFÓN
BETTS y SHERWIN, bien guardados, y al verdugo.*

ALGUACIL

Esperad, me parece que llegan mientras tanto.
Ya vienen, veis, así que todo bien.
Llevad a Lincoln el primero al árbol.

BUFÓN BETTS

Y yo me pido el último.

LINCOLN

Sabía que el primero, señor, sería yo.
Así se cumplirá el antiguo proverbio:
«Morirá Lincoln por salvar a Londres».
Pongámonos, por Dios, manos a la obra.
[*al verdugo*] A trabajar, muchacho.

Sube.

Fui el primer cabecilla del motín,
y ha de caer, por tanto, primero mi cabeza.

DOLL

Bravo John Lincoln, que tu muerte exprese
que fuiste un hombre y mueres como tal.

LINCOLN

Doll Williamson, tus ojos serán testigos de ello.
Y a todos los que a ver mi fin venís,
os confieso que tuve mala intención apenas
contra los hombres que nos maltrataban.
Entiendo ahora que no estuvo bien
que unos particulares tomaran la venganza
por su mano. Aprended ahora de mí
que es siempre la obediencia lo mejor para todos.
Pidiendo humildemente la merced de mi rey,
a la ley, resignado, me someto.
Que Dios perdone a los que fueron causa.
Como cristiano, anhelo de verdad,
de corazón, que ellos me perdonen
también. Por último, quisiera
que por mi ejemplo queden advertidos
todos de no intentar lo mismo nunca
contra ningún foráneo que aquí llegue.
Adiós, adiós a todos, que la próxima vez
que nos veamos sea, lo deseo, en el Cielo.

Salta.

DOLL

Adiós, John Lincoln. Digan lo que digan,

fuiste bueno en la vida y bueno mueres.

BUFÓN BETTS

Ojalá ya estuviese yo donde está él. Dicen que el primer tirón es el peor.

ALGUACIL

Traed a Williamson.

DOLL

Buen alguacil, tengo una honesta súplica,
y, como hombre que sois, tenéis que concedérmela.

ALGUACIL

Mujer, ¿qué es? Si está en mi mano,
tú la obtendrás.

DOLL

Quiero morir la próxima, señor,
es lo único que quiero. No sabéis qué descanso
para mi pobre corazón morir
antes que mi marido.

ALGUACIL

Llevala a ella a la muerte. Tendrá lo que desea.

BUFÓN BETTS

Señor, yo también tengo algo que pedir.

ALGUACIL

¿De qué se trata?

BUFÓN BETTS

Que, como habéis colgado a Lincoln primero y vais a colgarla a ella después, a mí no
me colguéis en absoluto.

ALGUACIL

No, vos abristeis las puertas del Counter, y es imperativo que colguéis.

BUFÓN BETTS

Bueno, al menos, lo he intentado.

DOLL

[*al alguacil*] Señor, vuestra generosidad me tranquiliza.
Saludad de mi parte al buen alguacil Moro,
y decidle que sin su persuasión
no estaría colgando John Lincoln como está.
Nos hubiéramos encerrado en Leadenhall

y habríamos ardido bajo el techo de plomo.

ALGUACIL

Tomás Moro cumplió su deber como súbdito,
y agradó tanto al rey, que lo ha ascendido
a consejero de su majestad.

DOLL

Lo merece, sin duda:
es caballero honrado, prudente y elocuente.
Pero yo alabaría su honradez mucho más
si la palabra de salvarnos nos la hubiese cumplido...
Pero dejémoslo. Los hombres no son más que hombres;
y las palabras, solo palabras, y no pagan deudas.
Ahora, esposo, como tal vez digan
que por mi culpa llegas a tu fin,
aquí te brindo el cáliz de la muerte,
porque no te sabrá peor, seguro,
que a mí que antes lo bebo.
¿Y qué si soy mujer? Eso no importa.
A Dios debo una muerte: he de pagarle.
Dame tu mano, esposo, y no desmayes.
A tocateja habremos saldado nuestra deuda.
Aquí sólo dejamos dos hijitos,
y lo único que puedo yo legarles
es el amor de algún amigo bueno
para que me los críe caritativamente.
¿Qué, señores? El que anda derecho no tropieza
y tal vez ellos vivan
para enmendar las faltas de sus padres.

WILLIAMSON

Bien dicho, esposa. A fe que el corazón me alegras.
Dame la mano. Bésame. Digámonos adiós.

La besa en la escalera

DOLL

Nuestro próximo beso será en el Cielo, Williamson.
¡Ánimo, muchachos! George Betts, dame la mano.
[*al Bufón Betts*] Y tú, Ralph. Y tu mano, mi buen Sherwin.
Y dejadme decir a las mujeres
de esta ciudad que nunca un extranjero
me hizo morder el polvo.
Mientras haya un inglés a la redonda,
ni francés ni holandés logrará un beso mío.

Y seguid recordando tras mi muerte
que morí despreciando ser presa de extranjero.

Se oye un grito y mucho ruido.

VOCES

¡Perdón, perdón, perdón, perdón! ¡Abrid
paso al conde de Surrey! ¡Paso! ¡Paso!

Entra SURREY.

SURREY

¡Salvad la vida al hombre, si es posible!

ALGUACIL

Milord, es demasiado tarde. Ha muerto.

SURREY

Os lo digo, alguacil: sois demasiado rápido
en llevar a los hombres a la muerte.
No obtendrás gratitud de estos esfuerzos,
pues su alteza es tan misericordiosa
que no desea derramar la sangre
siquiera de uno solo de sus súbditos.

ALGUACIL

Ay, señor, ¡ojalá lo hubiéramos sabido!
La orden del Consejo apresuró la acción.
Por nosotros no habríamos sido tan diligentes.

SURREY

Sir Tomás Moro humilde suplicó de rodillas
por la vida de todos, pues fue por su palabra
que mansos se rindieron. El rey lo ha concedido,
y le ha nombrado lord canciller de Inglaterra,
tal y como merece. Ahora a Lincoln
no se le puede devolver la vida;
para todos los otros, comunico
de labios de mi amado soberano el perdón.

TODOS

(lanzando los gorros) ¡Dios salve al rey! ¡Dios salve al rey, Dios salve
al buen lord canciller y a vos, conde de Surrey!

DOLL

De todo corazón, Doll lo desea,
y que el nombre de Moro viva por esta noble acción.

Que, siempre que el Primero de Mayo se recuerde,
se alabe a Moro, cuyas palabras nos salvaron.

SURREY

Esperanza, clemencia, misericordia del monarca
en brazos de la suave y mansa compasión
prefieren abrazaros como el aya mimosa
suele abrazar al niño travieso, que dejaros
a merced de la dura vara de la justicia.

Y os llama a despreciar las ruines asambleas
que traman traicioneros e ilícitos motines,
que, crispando los puños de un odio personal,
hieren a vuestra patria con una herida pública.
¡Dios, cuando la piedad, cuya frente solemne
no debiera fruncirse, y cuando la justicia,
que contempla a través de un velo de paciencia
los devaneos de la multitud,
se despierten y muevan al castigo
por el clamor de tan atroces crímenes...!
Pero el rey os perdona la merecida muerte.
Por el que os da la vida, rogad que viva mucho.

TODOS

¡Dios salve al rey! ¡Dios salve al rey, Dios salve
al buen lord canciller y a vos, conde de Surrey!

Salen.

ESCENA VIII

Chelsea. Una sala de la casa de Moro. Una mesa cubierta con un tapiz verde, sobre ella un cojín de ceremonia, y sobre el cojín la bolsa y el mazo.

Entra MORO.

MORO

Escrito está en el cielo que yo sea esto y esto,
pues lo que impiamente llaman nuestra fortuna
es Providencia del poder altísimo,
adecuada a la fuerza natural
con que nacemos. Dios mío, Dios mío,
que yo, de tan humilde cuna,
haya subido hasta —es así— la cabeza de mi patria,
y dicte leyes; yo, en vida de mi padre,
que tome precedencia y acepte el homenaje
de mis mayores, ay; y que a mí, por mi puesto,
mi padre tenga que cederme el sitio,
a mí, que se lo debo por orden natural...
Seguro que estas cosas,
de no ser compensadas por el respeto, nuestra sangre
corromperían. Pero, Moro, cuanto más tienes
de honor, de cargo, de oro, de influencias,
de cosas que te empujan a abrazarlas,
más deben parecerte como víboras
y más debes temer sus pieles, tan hermosas,
y recordar que pican.
Que sea este tu lema: la importancia
—hilado el hilo de la contingencia—,
es un enorme ovillo que al punto se deshace.

Entra RANDALL, criado de Tomás Moro, ataviado como él.

Vamos, Randall, ¿estáis ya preparado?

RANDALL

Sí, milord. Sólo me quedan algunos detallillos. Pronto habré acabado. Por Dios que he ensayado tanto el aspecto de su señoría que creo que puedo estar orgulloso, milord.

MORO

Está bien ese orgullo, o si no, nunca
te arrimarás a la grandeza. Mas atiéndeme.
A la Corte ha llegado Erasmo, un sabio.
Cenó anoche con nuestro venerable
poeta inglés, el conde de Surrey[1], y hoy me avisan
que el célebre estudioso de Rotterdam desea
conocer a Tomás Moro. Por tanto,
sir, ocupad mi asiento,
Sois el lord canciller. [*Randall toma asiento.*]

Vestid vuestra actitud
acorde con mi porte. Con cuidado
de no hablar en exceso, que te descubrirías.
El que calla parece sabio, no lo examinan;
su propia lengua, en cambio, delata al ignorante.
Veré si el gran Erasmo puede diferenciar
el mérito y la pompa.

RANDALL

Si no merezco un premio por interpretar bien el papel de milord, seré el criado que
atiende a vuestro carretero, y que se me prohíba por siempre llevar cadena de oro.

MORO

Bien, sir, ocultaré nuestro montaje. Actúa
de mí con gran convencimiento y tuya
será mi gratitud.

Entran el alguacil y FALCONER (un rufián [con grandes melenas, algo bebido]), y guardias.

Y bien, ¿qué ocurre?

FALCONER

[*a los guardias*] ¡No tiréis de mí! No soy un oso. Por la sangre de Cristo, si todos los
perros de Paris Garden se me colgasen del faldón, me los sacudiría diciendo que no
compareceré ante ningún rey cristianado, sino ante mi buen lord canciller.

ALGUACIL

A vos os vamos a cristianar, caballero. —Traedlo aquí.

MORO

[*a Falconer*] Y bien, ¿a qué tanto jaleo?

FALCONER

¡Que los cielos esmaltados de azur protejan a mi noble lord canciller!

MORO

[*al alguacil*] ¿Qué tipo es este?

ALGUACIL

Un rufián, milord, que ha revolucionado media ciudad.

FALCONER

Milord...

ALGUACIL

Hubo una revuelta en el callejón Paternoster, y como no se disolvía, las carretas atoraron la calle.

FALCONER

Mi noble señor, la garganta del callejón Pannyer estaba abierta.

MORO

Caballero, silencio.

FALCONER

Demostraré que la calle no estaba atorada, sino como ha estado siempre.

ALGUACIL

Este hombre era uno de los principales iniciadores del disturbio...

FALCONER

Por la sangre de Cristo que no inicié nada. Estaba iniciado y medio acabado antes de que yo me metiese.

ALGUACIL

... y no consiente comparecer ante otro juez que no sea vuestra señoría.

FALCONER

A la fuerza me traen, milord.

MORO

[*al alguacil*] ¿No hay otro oído para todo ruido trivial que el mío, y en un día tan ocupado? Fuera.
Hoy me molestáis, alguacil. Haced según veáis. Enviad al bribón a Newgate.

FALCONER

¿A la cárcel de Newgate? Por la sangre de Cristo, sir Tomás Moro, apelo, apelo: mejor que a Newgate a cualquiera de las dos excelentes prisiones de Counters.

MORO

Muchacho, ¿a quién servís, que sois tan revoltoso?

FALCONER

Me llamo Jack Falconer. Sirvo, después de a Dios y a mi príncipe, al señor Morris, secretario de milord de Winchester.

MORO

¡Un hombre de tal pelo es apropiado
para servir a un secretario!

FALCONER

Espero que sí, milord. La pelea era entre los hombres de los obispos de Ely y Winchester, y por mi honor tenía que separarlos. Me parecía incompatible con mi reputación y categoría tener que responder ante un juez municipal. Sabía que entonces estaría frito.

MORO

¿Frito?, más bien estás cocido.

FALCONER

Sé que vuestra excelencia es sabio y todo eso, y sólo deseo que me catequicéis o examinéis vos, mi noble lord canciller.

MORO

Caballerete, sois un rufián peligrosamente entrometido.

FALCONER

¿Rufián?

MORO

¿Cuánto hace que lleváis ese pelo?

FALCONER

Llevo este pelo desde el día en que nací.

MORO

Esa no es la pregunta, sino desde cuándo
lo llevas largo, tan colgante, así.

FALCONER

¿Cuándo, milord? Pues a veces más así y otras menos. Según los hados y el humor.

MORO

Oh, qué ingenioso, eh, y conmigo. Veo
que te gustan las cosas claras. Suéltalo ya:
decid la última vez que fuisteis al barbero.
¿Cuánto hace que lleváis en la cabeza
esas greñas tan largas?

FALCONER

Milord, Jack Falconer no cuenta fábulas de Esopo. En verdad, hace tres años que no voy al barbero. No me han pelado, ni me pelarán, por un voto insensato que, dirigido por los hados, he jurado cumplir.

MORO

¿Cuándo se cumple el voto?

FALCONER

Pues cuando se purguen los humores; tres años por lo menos.

MORO

Los votos se custodian en la Corte del Cielo, pues son actos sagrados. Joven, te ordeno y te aconsejo que no incumplas tu voto. Y para asegurarme de ello y también porque es odioso ver a un tipo tan peludo, te estarás en Newgate hasta que tus tres años y tu voto se hayan cumplido enteros. Vamos, llevadlo ya.

FALCONER

Milord...

MORO

Córtate esas melenas, y quédate un mes sólo.

FALCONER

¡No perderé ni un pelo, ni por ser el lord canciller de Europa!

MORO

A Newgate, pues. Grandes pecados engendra en todo el cuerpo una cabeza infecta. Vamos, lleváoslo.

Salen [todos menos Randall.]

Entran SURREY, ERASMO y acompañantes.

SURREY

Ahora, gran Erasmo, os acercáis a un caballero digno e instruido en extremo. Esta pequeña isla no alberga a ningún otro tan fiel amigo de las artes; su grandeza no añade adornos falsos a su ingenio. Es grande en el estudio. Más que su posición externa, ese es el mérito que tanto honor le otorga.

ERASMO

Cruzó el Canal su fama

y a muchas partes de la Cristiandad
llevó noticia del lord canceller.
Anhelo ver a quien con pensamiento amante
he visitado ya en mi estudio. ¿Es ese
Tomás Moro?

SURREY

Sí, lo es, Erasmo. Ahora
veréis al más honorable estudioso,
al más piadoso de nuestros políticos,
al mejor consejero que sirve a nuestro estado.
Su estudio vela por toda Inglaterra.
Y la seguridad del príncipe y la paz
que brilla en nuestra patria están forjadas
en su leal industria.

ERASMO

No me extraña
que esté tan próximo a la vida de excelencia
viendo que sus criados más humildes
son tan de peso. ¿Visteis, milord, a su portero?
Nos atendió en latín correctamente.
¿Qué será el amo, pues, cuando en sus siervos
lucen tan excelentes cualidades?

SURREY

Su señoría tiene algún asunto de importancia
entre manos, pues no nos hace caso.

ERASMO

Creo que convendría saludarle
formalmente en latín.

[Se quita el sombrero y se dirige a Randall.]

*Qui in celeberrima patria natus est et gloriosa plus habet negotii ut in lucem veniat
quam qui...* [2]

RANDALL

Os pido, buen Erasmo, que os cubráis. He dejado el latín; si no, como que soy de
verdad consejero que os soltaba un discurso entretenido. Nada, nada, sentaos, Erasmo.
Sentaos, milord de Surrey. Haré que mi señora venga ya mismo, si quiere, a divertiros.

ERASMO

¿Es este Tomás Moro?

SURREY

Oh buen Erasmo,

entended su carácter. Siempre anda
con estos juegos.

RANDALL

Sí, a fe mía que mi culto poeta no miente en esta cuestión. No soy ni más ni menos
que el alegre Tomás Moro, siempre. ¿Querréis tomar cualquier cosa conmigo? Por Dios
que me gusta más un hombre espabilado y sabio que huele a político, que un largo viaje
de protocolo real.

Entra [sin ser visto aún] sir Tomás MORO.

SURREY

Nos están engañando. Este no es Moro.

RANDALL

Decidme, Erasmo, allá en Holanda, ¿cuánto
aguanta el queso sin criar gusanos?

MORO

Bobo, bárbaro blanqueado, vuelve
a tu original ser.

[Sale Randall.]

Así observáis,
amantes del saber, hasta dónde el respeto
suele inclinarse al séquito ceremonioso
de la riqueza burda, mientras que a los más sabios,
si envueltos en pobreza, se les toma por locos.
Perdonad, respetado germano, que mezclara
una pequeña broma con la atención más dulce
que os merecéis. Pero sabed, Erasmo,
que la risa me arruga siempre la cara y, si me falta,
anhelaré el abrazo de la tumba.

ERASMO

La mejor medicina, el buen humor.
Capaz conserva el cuerpo, pues sabemos
que la melancolía atora el flujo
de la sangre y el aire; pero un erecto espíritu
nos alarga los días con feliz ejercicio.
Debe el estudio ser lo más triste en la vida;
el resto, un juego exento de pensamientos graves.

MORO

Erasmo ha predicado el evangelio
contra la medicina. Y decidme, poeta...

SURREY

Oh, milord, al llamarme «poeta» me acusáis
de ingente ociosidad. Es un estudio
que a pobres nos destina; y se nos tiene
de siempre por inútiles para la cosa pública.

MORO

No abandonéis la hermosa poesía, dulce lord,
a tal desprecio. Con el corazón hablando,
es la más dulce heráldica del arte,
la que distingue el duro, áspero acebo
del airoso laurel.

SURREY

Sin embargo, milord,
se ha quedado la última, detrás
de las ciencias mecánicas.

MORO

Yo os mostraré por qué
no es tiempo de poetas. Deberían
cantar según el fuerte canon *heroica facta*:
Qui faciunt reges heroica carmina laudant.^[3]
Pero decaen los grandes temas, y así las plumas
privadas de ejercicio, languidecen.

Entra master MORRIS

[*a Surrey*] ¿Querrá milord pasar? [*señala al comedor*]
[*disculpándose*] ¡Querido Erasmo!
[*a master Morris*] Enseguida os atiendo, master Morris.
[*a Surrey*] Milord, estáis en vuestra casa.
Cenaremos con frescas y sencillas delicias.
Las musas de la música alegrarán nuestros espíritus.
Cuando los estudiosos cenan, deben ser parcos
porque todos los platos están hechos de ingenio.

[*Salen Surrey, Erasmo y asistentes.*]

¿Qué, master Morris?

MORRIS

Vengo a interceder ante vuestra señoría por un criado mío.

MORO

¿Aquel del pelo largo?
Venid de aquí a tres años, y yo os escucharé.

MORRIS

Entiendo a vuestro honor; pero el necio bribón se ha acogido a la misericordia de un barbero, y ahora se encuentra fuera, listo para formular un nuevo voto ante milord: el de comportarse civilizadamente en adelante.

MORO

Pues hablemos con él; que lo llaméis, os ruego.

Entran FALCONER y guardias.

FALCONER

Bendita sea su excelencia: ¡un hombre nuevo, milord!

MORO

Estoy seguro de que este no es.

FALCONER

Si lo desea vuestra señoría, el barbero os dará una muestra de mi cabeza. Soy yo, a fe mía, milord, soy *ipse*.

MORO

¡Pero si tienes cara de hombre honrado!
La baraja cortaste bien. Ganaste.

FALCONER

No, milord, he perdido todo aquello que me había dado Dios.

MORO

Dios te echó al mundo como eres ahora, con el pelo corto. ¡Qué pronto pasan tres años en Newgate!

FALCONER

Cierto, milord, apenas hay un pelo entre que entré y salí.

MORO

Porque te veo cierta gracia, vete libre.
Liberadlo, muchachos.

[Salen los guardias.]

Id con Dios, master Morris.

[a Falconer] Tu cabeza te queda mejor sobre los hombros.
En ella hay menos pelo, pero más sensatez.

[Sale Moro.]

MORRIS

¿No te decía yo lo de los rizos?

FALCONER

Si volviese a tener mis guedejas de lana, ni todos los trasquiladores de Inglaterra me

las quitarían. Por el corazón de Jesús que se me ponen los pelos de punta cuando me miro al espejo. Soy un hurón. ¡Vaya broma más tiñosa! Pero que me cuelguen si no le doy para el pelo a ese rufián Tom Barbero, que me ha puesto como un puritano. Ese bribón piojoso lo va a pasar peor conmigo que con diez muelas que se sacara. ¡Qué cabeza sifilítica!

MORRIS

¿Qué te pasa? ¿Se te ha ido la cabeza?

FALCONER

¿La cabeza? Por los clavos de Cristo, si no se me va por perder el pelo, no se me irá con nada. Estoy desposeído: me han quitado la corona. Mejor se hubiera ocupado Moro de limpiar la cloaca que de trasquilarme así. ¿Es que con Jack Falconer empieza una carrera de esquilador?

MORRIS

Pues si seguís en esta vena, que os vaya bien.

FALCONER

¡Pues que os vaya bonito! Me colgaré de... emblema en la taberna *La Cabeza del Sarraceno*.

MORRIS

Estás hecho un bribón desesperado,
ya se ve que el diablo te tiene en su poder.

FALCONER

El diablo es un maldito golfo.

MORRIS

No me servirás más, nunca más, nunca
más me llames «master».

FALCONER

Una palabra más, mi master Morris.

MORRIS

Ni una palabra más, señor, adiós muy buenas.

FALCONER

Por la sangre de Cristo, ¿adiós?

MORRIS

¿Por qué me sigues?

FALCONER

Porque soy un asno. ¿Me echáis encima vuestros barberos, para despedirme luego?

¿Debo lamentarme? ¿Me han embromado las Parcas? (*Llora.*) ¿Soy yo su hilo? Ahora que han desmochado la torre, ¿deberá el pobre Jack irse con la música a otra parte?

MORRIS

¡Estás mal de la azotea!

FALCONER

[*llorando*] No, me habéis escalfado. Me habéis dejado con un pelo de tonto, aquí, aquí.

MORRIS

Ya vale, amigo asno. Ven, venga, secad vuestros ojos.
Conservad vuestro puesto, y dejaos de tonterías.

FALCONER

No me importa que me despidáis, que me tiréis por la escalera, si estoy de humor o los hados me llaman. Si las Parcas me hilan un hilo fino, Falconer vuela más alto. Y para que no me duela la cabeza, en adelante, antes ir de putas que volver al barbero.

Salen.

[1] Con una ligera anacronía, el conde de Surrey de la obra es el joven Surrey, el poeta Henry Howard (1516/1517–1547), no su padre, Thomas (1473-1554), el prominente político del reinado de Enrique VIII. Para dejar claro que no es una confusión, se nos recuerda a lo largo de la obra que es un hombre muy joven. Además de rendir homenaje a un importante predecesor de Shakespeare (Henry Howard introdujo el soneto en Inglaterra y moldeó el verso blanco), la pequeña licencia histórica dará pie a unas jugosas reflexiones metapoéticas, con una carga de profundidad política, y a una interesante caracterización del personaje.

[2] «El que ha nacido en una patria muy célebre y gloriosa tiene más trabajo para darse a conocer que el que...». «In lucem venire» se traduce como «destacar» o «descollar» o «darse a conocer»; aunque no conviene desdeñar el significado más literal de «salir a la luz», esto es, de ser editado. En una Inglaterra donde las obras de Tomás Moro y sobre él tenían que circular clandestinamente, la cita latina podría muy bien llevar una segunda intención, leída al trasluz.

[3] «Lo que hacen los reyes los cantos heroicos alaban». Verso de un carmelita de origen español de principios del XVI, Juan Bautista Mantuano (*Adulescentia* 5.155-7), al que Shakespeare cita con frecuencia. Era muy admirado por Erasmo, que lo llamó «Virgilio cristiano», lo que convierte la referencia de Moro, además, en una fina galantería hacia su invitado.

ESCENA IX

Chelsea. Casa de Moro.

Sir Tomas MORO [leyendo en una mesa, tomando notas]. Entra un mensajero.

MENSAJERO

Mi honorable lord Moro, el alcalde de Londres,
con su dama y su séquito,
se dirige a la casa, y ya está cerca,
para cenar con vos. Se adelantó un sargento
para avisar a vuestra señoría.

[Sale el mensajero.]

MORO

Qué alegre nueva. Amigos van y vienen.
Mi venerado Erasmo, cuyas palabras deliciosas
al ingenio le exprimen alma y vida,
se despidió hace poco tristemente con lágrimas
que agitan el canal plateado del Támesis.
Al Támesis, dichoso de su carga, de orgullo
se le hinchó el pecho y lo llevó hasta el mar^[1].
Ha regresado a Rotterdam. ¡La paz sea con él!
Quedé apesadumbrado por su marcha,
pero esto me conforta: el buen alcalde
y sus hermanos concejales, con sus bellas esposas,
cenarán esta noche con nosotros.
¡Y debe ser así! Vive mi alegre
corazón de la buena compañía.

[Entran master ROPER y criados.]

Esmeraos, caballeros; dad órdenes exactas
de que los platos sean exquisitos.
Pues, de todos los pueblos que la tierra sostiene,
los londinenses gustan los que más de la mesa...
Vamos, buenos amigos, corred, sed diligentes.
La pereza es inútil. Apartadla.
El tiempo exige vuestro servicio expeditivo.

Poned aquí banquetas, aquí, para las damas.
[*Los criados ponen banquetas.*]
Hijo, ¿habéis dado indicaciones para los postres?

ROPER

Lo he hecho, milord, y todo está ya preparado.

Entra LADY MORO.

MORO

Esposa, bienvenida. Disponed
cómo deben sentarse las damas; vos sabéis.
Para el alcalde, con los concejales
y los demás, dejadme a mí.
Los hombres a los hombres ordenamos mejor.

LADY MORO

Milord, os aseguro que todo saldrá bien.
Hay alguien fuera que desea hablaros.
Me pidió que os dijese que es un cómico.

MORO

¿Cómico, esposa? Alguno de vosotros, traédmelo.

Sale un criado.

Vamos, moveos. ¡Sois, ay, demasiado lentos!
Cuidad que las antorchas estén listas.
Tomaremos aquí el postre. Ay, señora,^[2]
¿habéis dejado a la alcaldesa? ¿Ambos
nos hemos levantado de la cena?
¿Y también Roper? ¡Qué pensarán nuestros invitados!

LADY MORO

Milord, se han levantado, y se han sentado junto al fuego.

MORO

Pues id vos enseguida a acompañarles.
No es correcto que estemos ausentes a la vez.

Sale lady Moro.

Entra el CÓMICO.

Muy bienvenido, amigo. ¿Qué queréis?

CÓMICO

Milord, venimos a ponernos
la compañía y yo a vuestro servicio
para lo que mandéis.

MORO

¿Tal vez una comedia?
¿A quién servís?

CÓMICO

A su gracia milord el cardenal.

MORO

¿Los hombres sois del cardenal? Creedme:
bienvenidos. Llegáis en el momento justo
para beneficiaros y para complacerme.
El alcalde de Londres y algunos concejales,
y la alcaldesa y las esposas de estos,
cenan gentilmente esta noche en casa.
Y, precediendo al postre, una comedia
será excelente. ¿Qué os parece, hijo?

ROPER

Estará bien, milord, y será un pasatiempo
placentero perfecto para vuestros amigos.

MORO

¿Qué comedias traéis?, decidme.

CÓMICO

Varias, milord: *La cuna de la seguridad*,
Dar en el clavo, *Impaciente pobreza*,
Comedia de las cuatro pes, *El rico y Lázaro*,
Rijoso Juventus, y *El matrimonio de Ingenio con Sabiduría*.

MORO

¿*El matrimonio de Ingenio con Sabiduría*? Esa, muchachos.
No me conformaré con otra. El tema es bueno,
y puede sustentar un discurso bien noble.
Casar ingenio con sabiduría
requiere habilidad. Muchos tienen ingenio
pero en sabiduría están más cortos.
Veremos si el poeta supo desarrollarlo,
y si el ingenio o la sabiduría
llenen de gracia el arte.

[*A los criados*] Id, dadle de beber,
y a todos los actores. [*Al cómico*] ¿Cuántos sois?

CÓMICO

Cuatro hombres y un muchacho, mi señor.

MORO

¿Sólo un muchacho? Entonces
habrá pocas mujeres en la obra.

CÓMICO

Son tres: la dama Ciencia, la dama Vanidad
y la Sabiduría, ella misma en persona.

MORO

¿Todas las interpreta ese muchacho?
¡Virgen santísima, abusáis de él!
Bien, amigo, reuníos, preparaos
a toda prisa.
[*A los criados*] Dadles la cena cuando termine la comedia,
que nuestros huéspedes no tengan que esperar demasiado.
[*Al cómico*] Daos prisa, os lo ruego.

CÓMICO

Así lo haremos, sí, milord.

Salen criados y cómico.

MORO

¿Dónde paran los músicos? [*A Roper*] Ordenadles que toquen,
para pasar el rato.

Entra lady Moro.

¿Qué hay, señora?

LADY MORO

Milord, ya vienen.

MORO

Sean bienvenidos.
Esposa, tengo que contaros algo:
la diversión ha mejorado: esta noche tendremos
teatro: *El matrimonio de Ingenio con Sabiduría*,
por los hombres del buen lord cardenal.
¿Qué me decís, esposa?

LADY MORO

Que me gustará mucho.
Mirad, ya llegan.

Los músicos tocan oboes. Entran el LORD ALCALDE, tantos concejales como sea posible, LADY ALCALDESA, vestida de rojo escarlata, con otras damas y las hijas de sir Tomás Moro [entre ellas MARGARET ROPER], y criados con antorchas.

MORO

De nuevo, bienvenidos; bienvenido,
mi buen señor alcalde,
y hermanos todos —porque antes fui vuestro hermano,
y sigo siéndolo de corazón.
No hay Corte que me aparte de nuestro amor por Londres
y, al recordar aquellos tiempos, sólo
puedo sentir orgullo. Quien no olvida
de donde viene sabe cómo se encumbró, y sabe
por eso cómo usar su encumbramiento.

LORD ALCALDE

Vos dais lustre, milord, a la fama de Londres,
gracias a vuestro nombre, afortunada.
Al recordar a Moro, es necesario
decir que él apartó la rebelión de nuestra puerta,
salvando de la muerte a muchos súbditos
con el aliento suave de la dulce prudencia.
¡Oh, qué fama otorgáis a esta ciudad, y cómo
vuestra virtud corona todos nuestros esfuerzos!

MORO

Basta, mi lord alcalde; pero gracias a todos,
que con tan poco aviso habéis venido
a visitar a uno que agradece
vuestra bondad. [*a su esposa*] Señora, no se os ve muy alegre
con mi señora la alcaldesa
ni con estas hermosas damas. Ruego
que las sentéis a todas.
[*al lord alcalde*] Y aquí, milord, dejadme señalar vuestro sitio;
los demás, que se sienten donde gusten.
Temo cansaros y que no tengáis
tanta prisa en volver a visitarme.

LADY MORO

Oh, madam, por favor, sentaos aquí.

LADY ALCALDESA

Señora, perdonadme, eso no puede ser.

LADY MORO

A fe mía que sí. Y yo me siento
junto a vos. Mis señoras, sentaos. —¡Eh,
más banquetas aquí!

LADY ALCALDESA

Vuestra insistencia hace, señora, que presuma más allá de mi mérito.

LADY MORO

Ya mandaréis vosotros
en vuestra casa cuando os devolvamos
la visita. [*se sientan.*] Dejadme que ahora os cuente
que hoy tenemos teatro en vuestro honor.
No sé si bueno; ha sido milord quien lo ha dispuesto.

MORO

[*aparte, a su esposa*] Esperad lo mejor, esposa; lo harán bien.
Mejores no vendrían a una velada nuestra.
[*en voz alta*] A estos buenos actores agradezco
que una comedia ofrezcan para alargar la estancia
de mi señor alcalde y los demás amigos.
Se llama *El matrimonio de Ingenio con Sabiduría*,
un tema de importancia, como quiera que salga.
Pero si el arte falla, nuestro amor lo compense.
¿Qué, están ya preparados?

CRIADO

Milord, uno de los cómicos está ansioso de hablar con vos.

MORO

¿Conmigo? ¿Dónde está?

Entra el ACTOR QUE REPRESENTA AL CAPRICHIO, vestido para la función y con una brida en la mano.

ACTOR

Aquí, milord.

MORO

Pues decidme, ¿qué ocurre?

ACTOR

Rogaríamos a vuestra señoría que espere un poco. Uno de mis compañeros ha salido a la tienda de Ogle para comprarle una larga barba al joven Ingenio, y llegará en seguida.

MORO

¿Una larga barba para el joven Ingenio? Bien puede estar imberbe hasta que se case, pues el ingenio no depende del pelo. ¿Cuándo entra el Ingenio?

ACTOR

En la escena segunda, después del prólogo, milord.

MORO

Pues empezad la función, y para cuando llegue esa escena, le habrá crecido la barba al Ingenio, o habrá vuelto ese hombre trayéndola. Y ¿qué papel representas tú?

ACTOR

El vicio del Capricho, milord.

MORO

¡Qué bien, de buena gana representaría yo ese vicio! Y ¿para qué llevas la brida en la mano?

ACTOR

Me tienen que embridar pronto, milord.

MORO

Si además no te ensillan, será inútil, pues así el capricho del ingenio puede galopar tan veloz, que adelantará a la sabiduría y caerá en la locura.

ACTOR

En efecto, así ocurre, cae ante Lady Vanidad; pero en nuestra obra no hay Locura.

MORO

Entonces tampoco hay ingenio, a fe mía. La locura sigue al ingenio como la sombra al cuerpo, y donde madura el ingenio, ahí la locura está presta. Pero empezad, os lo ruego. Mejor Ingenio imberbe que Ingenio barbudo pero sin cerebro.

ACTOR

Ya está vestido, milord, y listo para empezar.

MORO

Entonces, buen Capricho, empezad sin pensarlo.

Sale el actor que interpreta al Capricho.

Milord alcalde, se retrasan porque
al Ingenio le falta la barba. Yo le prestaría
la mía, pero es demasiado rala...
Silencio, que al fin salen.

Suena la trompeta. Entra el PRÓLOGO

PRÓLOGO

*Como ocurre a menudo en estos días
en todo el mundo y en las tierras todas
que crece el vicio y la virtud decae,
y parece ganar la iniquidad,
nos disponemos, público gentil,
a hacer un corto y lúdico interludio,*

*siempre contando con vuestro permiso
y con vuestro silencio, que hace falta.
Se llama El matrimonio del Ingenio
con la Sabiduría, asunto grave
y agradable y que en breve vais a ver.
Pero he de irme que el Ingenio llega.*

Entran INGENIO, pavoneándose, y CAPRICHO, el vicio.

INGENIO

*[cantando] En la arboleda verde sesteaba...
los pájaros cantaban por doquier...
Soñaba con la dicha y con el juego,
pues en la juventud está el placer.*

*La juventud se paseaba aquí
y allá a mi lado. Pero desperté
y vi que no era así, que ella no estaba,
pues en la juventud está el placer.*

*Desde entonces, mi corazón se empeña
en la esperanza de volverla a ver,
pues ella es su alegría y su deleite,
pues en la juventud está el placer.*

MORO

[al lord alcalde] Fijaos, milord, es el Ingenio sin barba. ¿Qué será de él cuando el tiempo le traiga la asistencia de una barba?

CAPRICHO

*[a Ingenio] Oh, señor es mejor la tierra que ella pisa,
pues lo poco que tiene lo aprovecha
más que otros un banquete descomunal de carne.*

INGENIO

¿Y se llama Sabiduría?

CAPRICHO

*Sí,
y es una digna esposa para vos,
milord, mi dulce y delicado Ingenio.*

INGENIO

*Estar con ella es mi deseo. Vamos,
te ruego que vayamos, porque de la Sabiduría*

se encaprichó el Ingenio.

CAPRICHO

*Ella, señor, vendrá muy pronto, ya
le dije yo donde estaríamos.
Y aseguró que nos saludaría con su mano.
(amenazando con la daga al público)
Atrás esos bribones e insolentes rufianes.
¿Qué sois, unos gallitos bravucones?
Recortará mi daga vuestra cresta
si charlar oigo a alguno.*

INGENIO

¿Y se molestará en venir a buscarnos?

CAPRICHO

*Seguro. En consecuencia debéis ser cariñoso.
En cuanto llegue, al saludarla,
tendríais que abrazarla
con gallardía
o temerá algún daño
—porque sois un extraño—
si os hace compañía.*

INGENIO

*Me esmeraré, Capricho, os lo aseguro.
¡Cómo anhela el Ingenio a la Sabiduría!*

Entra Lady VANIDAD, cantando y llamando con la mano.

VANIDAD

*Acércate, acércate, acércate.
La alegría que traigo, te daré.*

MORO

*Por mi vida, si es Lady Vanidad la que llega.
¡Cuidado, buen Ingenio, de no casar con ella!*

CAPRICHO

*[a Lady Vanidad] Desconocida Honestidad venid,
oídme.
([Lady Vanidad] hace amago de salir.)
No os iréis aún, lo juro.
Aquí no hay más que amigos; no hay nada que temer.
Este joven os ama, luego debéis quedaros.*

INGENIO

*Confío en que no vea ningún peligro en mí:
amo la compañía de las bellas mujeres
[a Lady Vanidad]
—A pesar de que para vos aún sea un extraño,
el Ingenio de cuando en cuando da placer.*

VANIDAD

*¿Quién, vos? Pero si sois tan santurrón
que no osaréis tocarme.
No besaríais a una joven
ni por veinte monedas de oro puro.*

INGENIO

*Sí que lo haría, en serio, sí, señora.
Reuniría valor para besaros
incluso en camisón.*

VANIDAD

*Me resbala esa mofa;
Se ha dicho muchas veces
que nunca os dejaríais ver conmigo.*

INGENIO

*¿Que el Ingenio no va con la Sabiduría?
Por Júpiter, ¿por qué he venido aquí?*

CAPRICHIO

*Señor, lo ha dicho sólo para ver
si acaso una cosilla así de tonta
os haría enfadar.
Mas, ¿qué importancia tiene?
Dejad correr las naderías,
y con un beso amable saldad ya vuestra deuda.*

Entra otro ACTOR

ACTOR QUE REPRESENTA A CAPRICHIO

¿Ha llegado Luggins con la barba?

2ºACTOR

No, por Dios, que no ha llegado. Ay, ¿qué vamos a hacer?

ACTOR QUE REPRESENTA A CAPRICHIO

[a Moro] Pardiez, no podemos seguir hasta que llegue nuestro compañero Luggins,

pues hace del Buen Consejo, y ahora debería entrar para avisar a Ingenio de que esta es Lady Vanidad y no Lady Sabiduría.

MORO

No, si sólo es por eso, no os vais a quedar parados. No vamos a estropear la obra por falta de un poco de buen consejo. Hasta que llegue vuestro compañero, daré yo el mejor que pueda. Perdonadme, milord alcalde, me encanta divertirme.

[Se levanta y se une a los cómicos]

MORO *[como Buen Consejo]*

Oh Ingenio, estás a la siniestra y ciegamente de tu opinión te fías demasiado. Te digo que el Capricho, travieso y lujurioso te engaña de una forma curiosa. Pero ésta Sabiduría no es, es Vanidad. Escucha al Buen Consejo, y síguelo.

ACTOR QUE HACE DE CAPRICHIO

En verdad, milord, que es lo más parecido al papel de Luggins. Hablad, Ingenio.

MORO

No vamos a decepcionar a nuestro público si está en mi mano evitarlo.

INGENIO

*¿Buen Consejo te llamas, y eso dices?
¿Pretendes que el Ingenio a la Sabiduría deje ir?
Tú nos engañas, te lo digo en serio,
al afirmar que ésta es Lady Vanidad.*

MORO *[como Buen Consejo]*

*Ingenio, nunca juzgues nada por su apariencia.
El ojo suele errar, como sabes de sobra.
Con honradez, el Buen Consejo
te asegura que no es Sabiduría,
que es lady Vanidad.*

Entra LUGGINS, con la barba.

ACTOR QUE REPRESENTA A CAPRICHIO

Oh milord, ha llegado. Ahora seguiremos.

MORO

[a Luggins] ¿Ya has llegado? Bueno, amigo, he ayudado a salvar un poco tu honor. Ahora, si puedes darle al Ingenio mejor consejo que el mío, no te lo guardes. Ahí te lo dejo, a tu merced.

Mas seguro que están preparados los postres.

Oh, señores, señoras, los tomaremos ya
y luego volveremos a la obra,
que por la ausencia de un actor y mi presencia
—que no ayudó— se ha visto entorpecida.
[a los criados] Para cuando volvamos, luces ahí, os digo.
Los bufones a veces se cargan la comedia.

Salen. Los cómicos se quedan.

ACTOR QUE REPRESENTA A INGENIO

Vaya, Luggins, flaco servicio nos has hecho, o qué, ¿no te parece?

LUGGINS

Es que Ogle no estaba, y su mujer no quería dejarme llevar la barba, y a fe mía, he corrido tanto que estoy sudando.

ACTOR QUE REPRESENTA A CAPRICHOS

¿Le oísteis, compañeros? ¿No sería milord un cómico único? ¡Oh, sería la estrella de la compañía, mejor que Mason entre los Hombres del Rey! ¿Visteis cómo improvisó el papel de Luggins, casi al pie de la letra?

ACTOR QUE REPRESENTA A INGENIO

Callad, ¿sabéis lo que decís? ¿Milord un cómico? No nos metamos en semejantes disquisiciones. Aunque sí que estoy no poco orgulloso de que milord me haya dado réplica. Vamos, preparémonos para recomenzar la obra.

LUGGINS

Sí, será lo mejor, que ya no nos falta nada.

Entra un CRIADO

CRIADO

¿Dónde están los cómicos?

TODOS LOS CÓMICOS

Aquí, señor.

CRIADO

A milord lo han llamado de la Corte,
y tras los postres marcharán los invitados
y, para no causaros más molestias,
os envía ocho ángeles de oro
con gratitud. Pero cenad primero.
Milord desea que os tratemos bien.
Os lo ruego, seguidme.

ACTOR QUE REPRESENTA A INGENIO

Luggins, esto es por vuestra negligencia.

Por falta de un Ingenio con su barba,
las cosas se han torcido;
la comedia se habría visto toda,
y no que ahora alguno, quisquilloso,
nos la criticará
y al criticarla, la echará a perder.

ACTOR QUE REPRESENTA A CAPRICHIO

Por Dios que lo que dice es cierto. Pero escuchad, caballeros, ocho ángeles, ¡ja!
Milord nunca nos daría ocho ángeles. O doce peniques más o doce peniques menos.
Deberían ser tres libras, o cinco libras, o diez libras. Faltan veinte chelines, seguro.

ACTOR QUE REPRESENTA A INGENIO

Veinte a uno a que es así. Se me ocurre una treta. Ahí viene milord. Dejadme a mí.
[*Se pone a buscar por el suelo.*]

Entran MORO y acompañantes, con la bolsa y el mazo.

MORO

Qué prisa. Y al Consejo. ¿Qué habrá ocurrido ahora
que me manda llamar tan tarde el rey?
[*al actor que representa Ingenio*] ¿Qué estás buscando, amigo?

ACTOR QUE REPRESENTA A INGENIO

No, nada. Nos envió ocho ángeles
milord con el criado, pero
se me han perdido dos en las esteras.

MORO

¡Ingenio, cómo! ¿Ocho ángeles? Yo di diez.
¿Quién los trajo?

CRIADO

Yo, milord. No tenía más.
Pero recibirán ya mismo lo que falta.

MORO

Has sido sabio, Ingenio. Hiciste tu papel
para que no te quiten tu derecho.
Y yo, ¿no puedo acaso repartir como quiera
mis bienes, dando a cada uno lo suyo?
¿He de tener en casa a quien me engaña?
¿Qué generosidad la mía si después
engañan a los pobres con lo que el amo da?
Que vaya otro y le saque por las orejas la librea.
Hay así demasiados. Y a estos dadles lo suyo.

Ingenio, que tus compañeros te lo agradezcan,
bien hecho. Te mereces casarte con Lady Sabiduría.

[*Salen Moro y los acompañantes.*]

ACTOR QUE REPRESENTA A CAPRICHIO

Gracias a Dios, Ingenio. [*al criado*] Señor, teníais un amo, sir Tomás Moro, nada más y nada menos. Y ahora nada, y nos daréis lo nuestro.

LUGGINS

Que Dios lo bendiga, ojalá hubiese más como él. Ama nuestro gremio, y además es culto y sabe cómo es el mundo.

ACTOR QUE REPRESENTA A CAPRICHIO

Un buen hombre, y más amable que tantos otros.

LUGGINS

Primero se ocupó del hombre que tenía nuestros ángeles, que ha de quedar tan frío de bolsa como caliente de estómago, pues hoy lo han despedido. Vamos.

ACTOR QUE REPRESENTA A CAPRICHIO

Y con muchas pagas como esta, nos iríamos a caballo y con las mejores monturas de Smithfield.

[*Salen.*]

[1] A la vez que se recoge fielmente el hecho de que para navegar por el Támesis había que esperar a la pleamar, se logra una preciosa prosopopeya.

[2] En los versos que siguen, Tomás Moro finge teatralmente, riéndose de sus propios nervios ante los preparativos de la cena que se avecina, una posible situación, y lady Moro le da la réplica en el mismo humor. También es una maniobra educada, discreta y divertida del marido para retirar a su mujer de la conversación con el cómico. Se ve en acción un atisbo de la intimidad de un matrimonio feliz. Y se sigue insistiendo en una idea que cruzará la obra de principio a final: la del teatro dentro del teatro, subrayada por la desenvoltura y la rapidez con las que Moro cruza de un plano a otro.

ESCENA X

Whitehall. La cámara del Consejo del rey.

Entran por separado los condes de SHREWSBURY, SURREY, John Fisher, OBISPO DE ROCHESTER y otros señores, con criados, haciéndose reverencias; el ESCRIBIENTE del Consejo espera descubierto.

SURREY

Buen día a milord de Shrewsbury.

SHREWSBURY

Lo mismo al honorable conde de Surrey.

Ahí llega milord de Rochester.

OBISPO DE ROCHESTER

Buenos días, mis buenos señores.

SURREY

Escribiente,
¿qué hora es?

ESCRIBIENTE

Son, milord, más de las ocho.

SHREWSBURY

Me extraña que milord el canciller
se retrase, teniendo tanto asunto
de importancia a la espera de minucioso examen.

SURREY

Escribiente, informad al señor canciller
que los otros señores le esperamos aquí.

OBISPO DE ROCHESTER

No será necesario, que aquí llega
su señoría.

Entra sir Tomás MORO, precedido por la bolsa y el mazo.

MORO

Buen día a la magnífica asamblea.
Sentémonos, señores.

Se sientan. [La bolsa y el mazo se colocan en la mesa.]

¡Oh, cuánta seriedad!
Se examina a diario sobre esta mesa mínima
la salud de la patria y su preservación,
y somos los doctores que este bien efectúan,
o con selecta dieta o con sangría.
Nuestra labor y nuestra vela dejan
dormir al rey. La paz le arrulla.
Y ahora, ¡despejad la sala!

[Salen los asistentes.]

¿Qué asuntos hay, señores?

SHREWSBURY

Este, mi buen señor:
el del Emperador, al que pagamos
para que luche contra el pérfido francés.

SURREY

Señores, siendo la costumbre
que hable primero el joven, perdonadme
si juvenilmente hablo en este caso.
Cierto que ahora Francia tiene todo su brío,
pues la pálida sangre que derramó en la guerra
ha recobrado, y también reconozco
que las fuerzas inglesas unidas a las armas
de Alemania pudieran ganar antes
el galardón de la conquista. Pero,
señores, recordad aquella fábula
sobre la cacería entre el león
y otras bestias: la fuerza finalmente
se quedó con la parte del botín de los débiles.
Así el emperador, si él llevase los términos
de nuestra relación al juicio de la guerra,
juzgaría la espada, y nuestra sangre
en lágrimas privadas lamentaría el pacto.

SHREWSBURY

Temerse lo peor es el escudo
del sabio, pero el mundo sabe
que es el emperador un hombre
de fe real. Su amor a nuestro soberano

le hace bajar del trono para andar
bajo nuestra bandera y con la cruz
como orden venerable sobre el pecho.
Sirviendo así, no es dueño de sí mismo.
Es como el coronel que manda sobre otros
y a su vez obedece al general.

OBISPO DE ROCHESTER

Pero, señor...

SHREWSBURY

Dejadme concluir.
Como los súbditos no aspiran al botín
de su legítimo rey, sino al mérito
que del monarca adorna al súbdito leal,
así el emperador en amistosa liga
con nosotros no ensuciará su honor
expoliando la parte del botín de Inglaterra.

MORO

Estoy seguro de que esta aventura
resultará honorable y ventajosa.
Se ha dicho que los buenos capitanes
quieren soldados ricos, que luchen por sus vidas
y bienes. Y es el caso del buen emperador.
Quisiera Dios que hubiese diez mil hombres
tan poderosos. Cualquier guerra
con el botín de las ciudades y las cortes
se pagaría sola. Por lo tanto,
por no perder en Francia, que a las águilas
del Imperio acompañen nuestras cruces inglesas.

Entra sir Thomas PALMER.

PALMER

Su majestad, señores, envía estos artículos;
primero, para que se lean; luego,
para que se suscriban. (*con gran reverencia.*) Yo los traigo
con el hondo respeto que este lugar merece.

MORO

¿Suscribir? Un momento.
Nuestra conciencia parlamentará
primero con la ley. Milord de Rochester,
estudiad el papel.

OBISPO DE ROCHESTER

¿Suscribirlos? Mi buen sir Thomas Palmer,
rogad al rey que me perdone.
Mientras mi mano fuese firmando, el corazón
la iría reprendiendo. Al suscribirlos,
yo sería un hipócrita.

PALMER

Entonces, ¿os negáis, milord?

OBISPO DE ROCHESTER

Me niego.

PALMER

Os ordeno que os presentéis entonces
ante su majestad. Tendréis que responder
de desacato capital.

OBISPO DE ROCHESTER

Ya voy,
daré mi corazón en lugar de mi firma.

Se levanta.

PALMER

Y a vuestra señoría, ¿placerá suscribir?

MORO

Señor, decid al rey que ruego
algo de tiempo para sopesar este asunto.
Mientras tanto, renuncio a mi cargo, que pongo
en manos de mi soberano.

[Entrega la bolsa, el mazo y la cadena.]

PALMER

Entonces,
esta orden preparada por el rey, escuchad.
Al negaros, debéis marcharos enseguida
a vuestra casa en Chelsea, hasta saber
la voluntad de nuestro soberano.

MORO

Me voy contento. Y si me visitáis,
señores, pescaremos, y con una ingeniosa red,
no débil, cogeremos solamente a los grandes.
Adiós, adiós, mis nobles señores. Esto es todo:

buen día al sol; para mi estado, buenas noches.

PALMER

¿Suscribiréis, señores?

SURREY

Al instante,
caro sir Thomas Palmer, buen amigo.

Escriben.

Llevemos el escrito a nuestro soberano.

PALMER

Milord de Rochester, a responder
de vuestro desacato debéis venir conmigo.

OBISPO DE ROCHESTER

Es esto lo peor. El que se libra
de vivir queda exento ya de todo cuidado.

Salen Rochester y Palmer.

SURREY

Vayamos donde el rey.
Es raro que milord el canciller se niegue
a su deber de súbdito, según mandan las leyes
de Dios.

SHREWSBURY

Vamos, entremos. Él, sin duda,
ha de cambiar de idea, y el obispo también.
El error en cabezas formadas daña mucho.

[Salen.]

ESCENA XI

Chelsea. Jardín de la casa de Moro, a la orilla del Támesis.

*Entran LADY MORO, sus dos hijas
[una de ellas MARGARET ROPER] y master ROPER, paseando.*

ROPER

Madam, ¿qué os pasa que se os ve tan triste?

LADY MORO

No lo sé, la verdad; no estoy enferma,
pero tampoco bien. Querría estar alegre,
pero hay algo que pesa mucho en mi corazón
y me hace suspirar. Vos, que sabéis de todo,
decidme, ¿puede uno dar crédito a sus sueños?

ROPER

¿Por qué lo preguntáis, mi querida señora?

LADY MORO

Esta noche he tenido el más extraño sueño
que haya jamás turbado mi descanso.
Parecía de noche,
y los reyes bajaban por el Támesis
en barcas, escuchando música. Milord y yo
en una barquichuela íbamos —¡Ay,
¡qué cosas tan extrañas habitan en los sueños!—.
Y estando cerca, nos abarloamos
a la barcaza que llevaba al rey,
pero, tras consumirse aquellas voces melodiosas
en esa casa musical que se movía,
la corriente, con gran violencia, nos soltó
de la flota dorada, y nos llevaba
hasta el Puente. Con inusual horror,
pasamos bajo él con la pleamar
y desde allí, como a un tiro de flecha,
nos llevaron las olas, y entonces nuestra barca se paró
justo frente a la Torre, y giraba y giraba,

como si de las aguas tirase un remolino
hacia dentro. Gritábamos ambos, me pareció,
hasta que nos hundimos, y abrazados moríamos.

ROPER

Mi querida señora, no hagáis caso
de los sueños sin fondo. No son sino
ligeras ilusiones de la sangre.

LADY MORO

No me me engañéis, que todos no lo son.
A veces son los sueños verdaderos augures,
ya del bien, ya del mal. No puedo estar tranquila
hasta saber cómo se encuentra mi señor.

ROPER

(*aparte*) Ni yo. Acércate, esposa.
No asustaré a tu madre interpretando
las razones de un sueño; pero créeme, mi amor,
toda la noche estuve inquieto por tu padre
sin saber bien por qué.

MARGARET ROPER

[*aparte a Roper*] Sí, también yo.
Entre sueños, lo vi en la iglesia de Chelsea,
de pie en la galería ahora demolida[1].
Cuando se arrodilló, la imagen
cayó con él al coro, allí yacían.
Y vi a mi padre todo ensangrentado.

ROPER

[*aparte a su esposa*] Nuestros sueños coinciden
en una conclusión. Fatal, me temo.

LADY MORO

¿Qué es lo que habláis? Os ruego que me dejéis oírlo.

MARGARET ROPER

No es nada, buena madre.

LADY MORO

Siempre actuáis así: no debo saber nada.
Llamad a master Catesby; y que corra a la Corte
a ver a mi marido. No quedará tranquila
si no reclino sobre su pecho el corazón.

Entra sir Tomás MORO, que ha vuelto a Chelsea por el río, alegremente, con criados.

OTRA HIJA DE MORO

Mirad: mi padre llega, y feliz y contento.

MORO

Como los marineros, tras la terrible tempestad,
en la plácida orilla danzan, yo
—¡oh, yo podría hablar como un poeta ahora!—,
ante Dios, hoy me siento tan ligero...
Esposa, dadme una amable bienvenida.
[*la besa.*] Tú solías quejarte
cuando yo te besaba sin afeitarme bien,
pero me acaban de cortar, me han dado
un perfecto apurado y al estilo
que se lleva en la Corte, a fe mía que sí.

Las hijas se arrodillan.

[*a sus hijas*] Dios os bendiga. —Roper, hijo, dadme la mano.

ROPER

Vuestro honor sea bienvenido a casa.

MORO

¿Honor? ¡Ja, ja, ja! Y ¿cómo te va, esposa?

ROPER

[*aparte*] Se porta extrañamente.

LADY MORO

Milord, ¿no entra?

MORO

¿Lord? No, eso se acabó, esposa. Pisábamos
terreno movedizo.

LADY MORO

Ay, ¿cuándo dejará
vuestro honor el humor! No os favorece,
por mi fe.

MORO

Oh buena esposa,
el honor y el humor se han hecho ambos de humo.
El más alegre consejero ha muerto.

LADY MORO

¿Y quién era, milord?

MORO

¿Seguís llamándome «milord»?
Era el lord canciller, esposa.

LADY MORO

¡Vos!

MORO

Sí, he cambiado de vida. ¿No estoy ya
más delgado que antes? Ya no hay grasa.
Mi único título es apenas «Moro».
Con un nombre me vale, y viviré tranquilo.
Por reunir muchos nombres no se vive mejor.
He dimitido. ¿No os parezco sabio?

LADY MORO

¡Oh Dios!

MORO

Vamos, mujer, no echéis las niñas por los ojos.
Es voluntad del rey.

LADY MORO

¿Cuál es la ofensa?

MORO

Bah, dejadlo pasar; ya hablaremos de eso.
El rey es médico de mi destino:
su mente principesca quisiera devolverme
a mi estado.

ROPER

Pues sed paciente suyo, padre.

MORO

Oh, hijo Roper,

ubi turpis est medicina, sanari piget. [2]

No, esposa, estad alegre, y estad alegres todos.

Sonreísteis cuando nos levantaron;

no lloréis mi caída.

Entremos y alegrémonos como se hace entre amigos,
ya que los días dulces se acaban de repente.

La antorcha de la gloria se porta con triunfo,

pero a veces se apaga a mediodía,

para chanza del pueblo.

Salen.

[1] Estamos ante un hermoso anacronismo de evidente potencia poética. Las demoliciones en las iglesias tuvieron lugar a partir de 1540.

[2] Séneca, Edipo 517: «Cuando la medicina es vergonzosa, causa pena curarse».

ESCENA XII

La Torre de Londres.

Entran el OBISPO DE ROCHESTER, SURREY, SHREWSBURY, el TENIENTE de la Torre y guardianes armados.

OBISPO DE ROCHESTER

Tan amables palabras, honorables señores,
sólo sé agradecerlas, pero aquí, en este pecho,
vive un alma que aspira a otras cosas más altas
que agradar por un tiempo a reyes terrenales.
Dios bendiga a su alteza, de todo corazón.
Nos volveremos a encontrar un día,
aunque hoy nos despidamos.

SURREY

No dudamos de vuestra prudencia al discernir
lo que es mejor, mas con amor y celo
quisiéramos que fuese de otro modo.

SHREWSBURY

[*al obispo de Rochester*] Sin duda, padre, estando solo
sopesaréis mucho mejor el caso,
y gozaréis de nuevo del gran favor real.

OBISPO DE ROCHESTER

Será lo que Dios quiera. Retirado
de las causas mundanas veré más
en mi interior que estando en una libertad soberbia.
La Torre y yo hablaremos en privado
de lo que, estando libre, podría confundirme.
Pero soy una carga para sus señorías,
les entretengo más de lo que debo.
Señor teniente, ahora estoy a vuestro cargo;
y, aunque guardáis mi cuerpo, mi amor sigue
siendo para mi rey, mientras viva John Fisher.

SURREY

Adiós, milord de Rochester. Rezamos
por vuestra libertad, y para ella
trabajaremos todo lo posible.

SHREWSBURY

[*a Rochester*] Estad seguro de ello. Así os dejamos
con vuestros pensamientos privados y felices.

Salen Surrey y Shrewsbury.

OBISPO DE ROCHESTER

Ahora, señor teniente, vámonos; por Dios, vamos.
Me voy con vos, la mente tan alegre
como jamás un pícaro al salir de la escuela.

Salen.

ESCENA XIII

Chelsea. Una sala en casa de Moro.

Entran sir Tomás MORO, LADY MORO, HIJAS [entre ellas Margaret Roper], master ROPER, caballeros que han ejercido de oficiales de la Cancillería bajo sus órdenes, y sirvientes [entre ellos Catesby y Gough]. Taburetes bajos.

MORO

Buen día, Roper, hijo. [*a su esposa*] Mi señora, sentaos en un asiento humilde, como exige este tiempo. Descanse vuestro buen corazón en la tierra, la tierra, techo de las sepulturas. Ya ves que el suelo de la grandeza es desigual, y cerca están igualmente del Cielo el taburete y el trono. Ahora, hijas, vosotras que os extendéis cual ramas y dais la mejor sombra al hogar familiar, no estéis tan tristes, niñas. Vuestra esperanza vive pues la virtud engendra a la nobleza y es ella la que hace al mejor heredero.

AMBAS HIJAS

Vuestro honor, buenos días.

MORO

No, mejor buenas noches. Vuestro honor está abatido como vuestro padre feliz.

ROPER

Oh, ¡qué buenas maneras, qué observancia se encuentra en este cuarto estrecho! Aquí el cuidado público no espanta al sueño. Aquí el fiero envidioso vestido de librea no presume mientras su fila ocupa, cual peón de ajedrez, junto a reyes y poderosos, que se empinan y sonríen por ver cómo se empeña en empinarse y cómo empeña su fortuna.

MORO

Cierto, aquí no hay discordias,
ni la impúdica lengua se enrosca en el oído,
que se traga hasta el fondo, fijamente,
el tornillo de hierro.

LADY MORO

Aquí estamos en paz.

MORO

Pues sigamos en paz, esposa buena.

LADY MORO

Por fiar de la brújula —¡qué extravagante signo
de la navegación han traído los tiempos!—
perdimos nuestra ruta[1].

MORO

¡Eso es verdad!

LADY MORO

¡Y nos han exiliado de la Corte!

MORO

Y dale con esa canción, pecado
que merece el exilio; mas quien nunca
la Corte conoció la corte hace al contento.

LADY MORO

Pero, querido esposo...

MORO

No te oiré.
El retorcido laberinto de tu extraño discurso
no acaba nunca. Siéntate
y pídele a tu lengua que descanse algo, o, créeme,
no entenderás ni una palabra nuestra.
En latín hablaremos.
[a Roper] *Humida vallis raros patitur fulminis ictus.*[2]
Más[3] feliz vive el súbdito mediano
que aquel que lleva el reino en la cabeza.

ROPER

Buen señor, descansad; y recordad
que el mundo es una corte de placer fugitivo
y toda la creación es la comida

que en el buche del tiempo se digiere.
Si a esa ruina está sujeto el hombre,
¿cómo podrían sus ropajes (lazos
que anudan el respeto a su rango espantable)
evitar su final? Mi respetado suegro,
la sangre que habéis dado a estos corazones
para nutrir vuestra posteridad
late muy firme y, si con alegría
nos llevaste a subir, con alegría
dejaremos atrás los privilegios.

MORO

Hablaré como Moro melancólico;
pues, si el dolor pudiese con sus dardos
rasgar mi firme pecho, tendría aquí y ahora
causa bastante para despedirme
de las inofensivas leyes del regocijo.
Pobre esposa humillada, que en los últimos tiempos
con las más nobles damas alternabas
en una compañía angelical
como brillante estrella del cielo de la Corte,
¿por qué tendrás ahora que sentarte tan bajo
como una viuda, y todas tus dulces compañeras
perderse de esas nubes
que riegan tu belleza y tu valor?
Yo te diré por qué. La Corte nunca escruta
como el Cielo la indignación del príncipe,
sino que estando frágilmente constituida
de una tierra dorada, brilla apenas
sobre esos sobre los que brilla el rey,
sonríe si él sonríe, se eclipsa si él se eclipsa.
Mas siendo ambos mortales —Corte y rey—,
no sueltes ni una lágrima por las cosas terrenas.
Que me perdone Dios en mi hora más triste,
ni tú, ni estas, ni aquellos tenéis motivo alguno
para llorar mi exilio de la Corte,
no, ni siquiera la tortura
de este cuerpo si así se le impusiera,
pues me veréis honrado con el descanso eterno
después de tanto esfuerzo. Aunque tal vez el rey
se apiade, viendo que la Corte es vanidad
y que puede perdernos, y nos mande
a otra existencia más contemplativa.
¡Oh, qué feliz destierro, cuando gracias a él,
el alma se hace santa!

LADY MORO

Oh, pero temo algún plan contra vuestra vida.

MORO

Pues será así que el rey, de su alta gracia,
viendo mi fiel servicio a la Corona,
piense enviarme al Rey del Paraíso
como rico presente; mi alma allí
será un recuerdo cierto de su alteza.
Te lo ruego, no llores. Lo peor es la muerte,
y trae gozo sin fin a cambio de un suspiro.

LADY MORO

Ah, pero vuestros hijos.

MORO

Callad, dejadlos solos.
Suponed que les quitan esta tela de afuera,
la cáscara, y los dejan desnudos y sin casa;
tienen mentes formadas para empezar de nuevo.
Ningún hombre de ingenio acaba pobre.
En consecuencia, no lloréis, pequeñas.
Y aunque perdáis la tierra, mantened vuestras almas,
y encontraréis entonces una herencia en el Cielo.
Pero mis siervos son mi principal desvelo.
[a Catesby] Fiel administrador, ven aquí. No estés triste.
En tu persona te despido a ti
y a todos los demás criados; a mí mi amo
también me ha despedido.
Si al servirme sufriste alguna pérdida,
beneficiate abandonándome.
Que no haya sido así, espero; que estos tiempos
traen lucro a los criados, aunque haya otros que pierdan.
Los grandes tienen sólo su nombre, y al caer
el administrador de Lord Gástalo-
Todo es el Señor de Todo-Recogí.
No es que sospeche: asume que lo hiciste. Está bien
que los sirvientes cojan lo que cae de los amos[4].
[a sus oficiales] Pero vosotros, pobres oficiales,
caballeros que no teníais forma
de enriqueceros sino por el soborno odioso
que yo aborrezco, y nunca encontré que os gustase,
pensad que, cuando cae el roble, se aplasta el sotobosque,
pero puede vivir, aunque esté machacado.
Os ruego que esquivéis mi ruina, pues el hacha

apunta a mi raíz para echarme ya a tierra.
Yo, todo cuanto quepa entre mis pocos medios,
haré por ayudaros. Sabe Dios
que Moro ama a los suyos más que bien.

Entra un criado.

CRIADO

Milord, recién llegados al portón,
los condes de Surrey y de Shrewsbury,
en el patio interior os están esperando.

MORO

Rogad a los señores que pasen a la sala.

LADY MORO

¿Qué nuevas traerán?

MORO

¿Nuevas, esposa?
No vienen más que a ver a un viejo amigo.

LADY MORO

Temo, oh Dios, temo.

MORO

¿Qué deberíais
temer, tierna mujer?
Iustum, si fractus illabatur orbis, impavidum ferient ruinae.^[5]
Ojalá me dejaran vivir aquí, alejado
de la mirada de los grandes. Son
como moscas doradas en anzuelos de plomo.

Entran los condes de SURREY y SHREWSBURY, DOWNES con su mazo, y criados.

SHREWSBURY

Buen día, sir Tomás.

SURREY

[a lady Moro] Buen día, señora. (*Amables saludos.*)

MORO

Bienvenidos, milores.
¿Qué os pasa que se os ve tan melancólicos?
Ah, ya sé, que vivís en la Corte, y la dieta de la Corte
sólo es amiga de los médicos.

SURREY

Oh sir Tomás,
nuestras palabras son las del rey, y nuestro aspecto
triste es el interés por vuestro amor. Nos manda
nuestro amable monarca, para exigir de nuevo
que firméis los artículos que envió el otro día.
Dejaos aconsejar, recordad, por mi honor,
que el grave doctor Fisher, el obispo de Rochester,
arrestado en el mismo lugar y el mismo instante
y por la misma obstinación que vos,
fue enviado a la Torre, mientras su majestad
os tiene prisionero tan sólo en vuestra casa;
mas, si otra vez ahora os negáis a firmar,
vendrá algo más estricto.

LADY MORO

Oh mi querido esposo...

LAS DOS HIJAS

(*arrodillándose y llorando*) Querido padre...

MORO

Ved, señores, cómo
se alzan mi compañera y estos súbditos
de mi carne en contra de mi conciencia.
Pero ahora, señores, si me niego,
¿debo ir a la Torre?

SHREWSBURY

Sí, debéis.
[*Señala a Downes.*] Aquí hay un oficial
presto a arrestaros por alta traición.

LADY MORO, HIJAS

¡Oh Dios, oh Dios!

ROPER

Señora, sed paciente.

MORO

¿Eres tú, Downes? Yo te salvé la vida
cuando, si no, te habrían destrozado
en aquel cruel motín. Sobreviviste
para llevarme a la alta Corte espiritual.
Dame la mano, amigo. Alisa el rostro.
Lo que bebes lo especias demasiado,

y nunca pude soportarlo. No se digiere,
es demasiado fuerte para mi débil pecho.

SHREWSBURY

Milord, sed breve, no tenemos más
que una hora.

MORO

¿Una hora? Bien. Pronto la campana,
trueno en la tierra, ha de doblar por mí.

LADY MORO

(*arrodillándose*) Si no es en mí, querido amante esposo,
pensad en vuestras hijas.

MORO

(*pensando para sí*)
Esposa, levantaos.
Ya lo he reflexionado,
y satisfaré ahora la voluntad del rey.

LAS DOS HIJAS

¡Oh feliz cambio!

SHREWSBURY

Vamos, suscribid pronto, entonces.

SURREY

Cuánto me alegro de esta hermosa conversión.

MORO

Oh, perdonadme. Firmaré
para entrar en la Torre
con total sumisión; y así sumar mis huesos
a los cimientos del palacio
de Julio César. Ya
satisfaré a su alteza incluso con mi sangre.
No abusaré de vuestra paciencia.

[*a Downes*] Amigo, cumple
tu obligación.

DOWNES

En nombre del rey, lord canceller
Tomás Moro, por alta traición, os detengo.

MORO

Muchas gracias, amigo.

Acudo a una gran cárcel a librarme
 de este luchar de mi conciencia
 con mi vida más débil.
 Oh, Chelsea, adiós, adiós. [*a sus criados*] Adiós, sirvientes.
 [*a lady Moro*] Mujer, no estropeéis vuestro rostro sereno.
 Sed prudente. El esposo de la viuda de Moro
 deberá levantarlos.
 [*a sus hijas*] Hijas, paciencia. ¿Qué es esto, qué es esto?
 Mis ojos se despiden casi con una lágrima.
 [*a Roper*] Querido hijo, tomad mi virtud; no se dio.
 El grave Moro va a una tumba rápida.

ROPER

Curae leves loquuntur, ingentes stupent.[6]

MORO

Entrad, y acompañad mi camino rezando.
 Por el agua a la cárcel, por el aire hacia el Cielo.

*Salen [Moro, Shrewsbury, Surrey, Downes y
 criados por una puerta, los demás por otra].*

[1] John Jowett observa aquí una referencia a los largos viajes marítimos, que obligaban a ajustar la brújula para adaptarla a las variaciones producidas por la curvatura de la tierra. Era una técnica novedosa de navegación. Hay de fondo una idea maquiavélica: la necesidad de adaptarse a las circunstancias. La constancia de Moro en seguir el norte a toda costa es una antigualla, que puede perderlo.

[2] Séneca, *Fedra* 1132-3: «Rara vez sufre la herida del rayo / el húmedo valle» (en el original de Séneca «humida vallis» va encabalgado, con gran plasticidad, detrás del resto de la frase).

[3] Este «más», que, para mayor efecto, va en mayúscula por ser la primera palabra del verso: «*More rest enjoys the subject meanly bred*», juega con el apellido de Moro, que se identifica, siquiera sea desiderativamente, con esa áurea medianía.

[4] En el manuscrito, Henry Chettle tachó este pasaje, quizá para quitar la aparentemente inesperada y tremenda acusación de Moro a su administrador. Pero no es tan inesperada si recordamos que en una escena anterior vimos cómo un criado le sisaba; y no es tan tremenda si recordamos las alabanzas de Cristo al administrador infiel (Lc. 16,1-9). Sirve, además, como contraste a la honesta pobreza de los oficiales a las órdenes de Moro en la cancillería, a los que elogia a continuación, quedando así claro que, mientras con sus propios bienes podía ser algo descuidado, no ocurría lo mismo en su función pública. Y quizá también haya una indirecta contra el enriquecimiento de tantos con los despojos de los bienes de la Iglesia, cuestión de importancia capital para entender el cisma de Inglaterra, según explica Hilaire Belloc en *How the Reformation Happened* (1928). Que ‘administrador’ (steward) en el manuscrito se escriba ‘Stuart’s’, usando la misma variante que el apellido de la casa real, también alienta una lectura política, y contribuye a explicar —aventura John Jowett— que Chettle lo tachase.

- [5] Horacio, *Carmina*, 3.3.1 y 7-8: «al justo, si se hunde en pedazos el orbe, le herirán las ruinas, pero él, impávido». ('Iustum' es el inicio del poema; el resto de la cita son los versos 7 y 8).
- [6] Séneca, Fedra 607 «Las penas leves son parleras, las enormes ensimisman».

ESCENA XIV

La puerta de la Torre de Londres.

Entran los Guardianes de la Torre, con alabardas.

1^{er} GUARDIÁN

¡Ah de la guardia!

2^o GUARDIÁN

Tenemos orden de despejar el puente.

3^{er} GUARDIÁN

¿Desde dónde lo traen, alguien lo sabe?

1^{er} GUARDIÁN

Desde la Casa Durham, según dicen.

2^o GUARDIÁN

Hace una hora estaba allí la guardia.

3^{er} GUARDIÁN

Si tarda, no podrá acercarse al muelle,
por esta multitud de barcas en el Támesis...

1^{er} GUARDIÁN

Sin que nadie se ofenda, lo diré:
caballero más sabio y virtuoso
no nació en Inglaterra.

2^o GUARDIÁN

Lo enterrarán los pobres entre lágrimas.
Jamás se oyó de nadie tan llorado
en general por todos.

Entra una pobre Mujer de entre la multitud.

3^{er} GUARDIÁN

¿Qué quiere esa mujer? —Eh, tú, ¿qué haces?

1^{er} GUARDIÁN

El gentío la aplastará pisoteándola.

2^o GUARDIÁN

¿Adónde vas?

MUJER

Quiero hablar con un buen hombre, con sir Tomás Moro.

1^{er} GUARDIÁN

¿Quieres hablar? Ya no es lord canciller.

MUJER

Y es una lástima, señor, por Dios que sí.

1^{er} GUARDIÁN

Si tienes una petición que hacer,
puedes ahorrártela. Sería inútil.

MUJER

Soy una mujer pobre, que sufre, Dios lo sabe,
un pleito en la cancillería hace dos años
y él guarda mis papeles.
Sin ellos, estaré perdida.

1^{er} GUARDIÁN

Será casi imposible que los halles.
Por ti, mujer, de corazón lo siento.

*Entran los condes de SHREWSBURY y SURREY, con Tomás MORO y ayudantes, y
entran el TENIENTE y el PORTERO.*

2^o GUARDIÁN

Atrás, atrás, mujer. Despejad el lugar.
Pasarán los señores por aquí hacia la Torre.

MORO

Cómo agradezco a vuestras señorías el gesto
de acompañarme hasta mi fortaleza.

MUJER

Por el amor de Cristo, Tomás Moro
devolvedme esos documentos míos
sobre mi propiedad.

MORO

Oh, tú, mi vieja cliente, ¿estás aquí también?

Pobre infeliz desamparada, tuve,
lo confieso, papeles que son tuyos,
pero el rey ha tomado
el asunto en su mano y tiene todo
lo mío. A él, mujer, dirígete.
Yo no puedo ayudarte. Ten paciencia conmigo.

MUJER

Corazón dulce, mi alma está triste por ti.
Adiós, mejor amigo que tuvimos los pobres.

Sale.

PORTERO

Antes de que paséis la puerta de la Torre,
lo que lleváis encima, señor, me pertenece.

MORO

Señor, aquí tenéis.
Le da su gorro.

PORTERO

No me entendéis, señor. Encima de la espalda.

MORO

Ahora sí lo entiendo.
[Le da el manto.]
Si no especificáis la espalda, el gorro
lo llevo más encima.

SHREWSBURY

Adiós, señor amable. Que nos reúna Dios con alegría.

MORO

Amén, milord.

SURREY

Adiós, querido amigo. Vuestro regreso espero.

MORO

Milord, y mi querido amigo de las Musas,
adiós. Adiós, noble poeta.

TENIENTE

Adiós, respetadísimos señores.

MORO

Prisión hermosa, bienvenida. Pero

qué feo nombre para tan hermoso edificio.
Muchas almas culpables, y muchas inocentes,
respiraron por última vez en tus salas huecas.
Muchas veces he entrado por aquí,
pero nunca, a Dios gracias, con conciencia más limpia.
Es este mi consuelo: por áspero que sea
mi hospedaje, ni el llanto del querellante pobre
ni la queja del huérfano ni la viuda en apuros
habrán de perturbarme en mi sueño tranquilo.
Vamos, pues, en el nombre de Dios, a nuestro encierro.
Dios es igual de fuerte aquí que fuera.

[*Salen*]

ESCENA XV

Chelsea. Patio interior de la casa de Moro.

Entran BUTLER, BREWER, PORTER, y Ralph, el MOZO de cuadras, cada uno por su lado.[1]

BUTLER

Robin Brewer, ¿qué hay, amigo? ¿Hay nuevas, hay nuevas?

BREWER

A fe mía, Ned Butler, me aqueja lo mismo que a ti y a estos compañeros, Ralph, mozo de cuadras, y Giles Porter: tristes, tristes. Dicen que mi señor va hoy al tribunal.

MOZO

¿Que va? Ya está ahí. ¡Que Dios se lo haga bueno y breve!

PORTER

Amén. ¡Igual que le deseo al alma mía la misma brevedad, se la deseo a mi honorable señor y caballero Tomás Moro!

BUTLER

No sé decir —no tengo nada que ver con asuntos por encima de mi entendimiento— pero, como que Dios es mi juez, si puedo decir lo que pienso, creo que no existe caballero más inofensivo en el mundo universal.

BREWER

Ni más sabio, ni más alegre, ni más honesto. No lo niegues, lo digo porque lo sé por mí mismo.

PORTER

No, y si se le niega lo debido en cuanto a hospitalidad, ¡que os cuelguen a todos! ¡Como que habrá otros muchos cancilleres que lleguen endeudados a fin de año por su generosidad!

MOZO

En fin, era un señor demasiado bueno para nosotros, y por eso, me temo, Dios mismo se lo llevará. Pero que me cuelguen si vuelvo a servir a otro igual.

BREWER

Calla, hombre, que aún no nos han despedido. Mi señor podría volver a casa, y todo irá bien.

BUTLER

Lo dudo mucho. Cuando llevan a uno a juicio, siempre hay mal tiempo para un rato largo.

Entran GOUGH y CATESBY, con un papel.

Pero callad, ahí llegan master Gough y master Catesby. Ahora sabremos más.

MOZO

Por Dios que vienen tristes. Para mí que milord está condenado.

PORTER

¡Que Dios se apiade de su alma, y una higa para toda condena mundanal!

GOUGH

Bien dicho, Giles Porter, te felicito.
Hablaste como un siervo cariñoso
de quien fue con nosotros siempre amable.

CATESBY

Que ya no será más. Pues, queridos amigos,
ya no tenemos amo. Vivirá
hasta que plazca al rey, pero por ley
ha muerto para el mundo.
La ley ya ha dado su cabeza al hacha,
pero su dulce alma vivirá entre los santos.

GOUGH

Reunid, os lo rogamos,
a todos vuestros compañeros tristes
—consta que sois exactamente ciento cuarenta—
y decidles, incluso al más pequeño mozo,
lo que vuestro virtuoso noble señor ha hecho.
Este escrito encontró en su estudio milady
esta misma mañana, donde él puso
por orden de lugar y función en la casa
una lista con todos. Y así a cada uno,
sin distinción de rango, ni de más ni de menos,
ha legado sin cargas veinte nobles
que master Catesby os pagará en seguida.

CATESBY

Tomadlo como es: un amable recuerdo
de un señor más amable aún, que en su caída

abandona la casa y se despide.
Así el roble de grandes ramas nunca cae solo,
sino que las cercanas plantas y el sotobosque
aplasta con su peso. Pero dejémoslo.
Venid a recibir lo que se os debe, y luego
id como compañeros, socios en la tristeza.

Salen.

[1] Nuevos nombres parlantes: cada apellido identifica el oficio que dentro de la casa de Moro desempeña el personaje: Butler, mayordomo, Brewer, cervecero, y Porter, portero.

ESCENA XVI

La Torre. La cámara de Moro.

Entran sir Tomás MORO, el TENIENTE, y un Criado que le atiende.

MORO

Señor teniente, ¿ya llegó la orden?
Si fuese así, decídmelo, por Dios.

TENIENTE

Milord, sí, ya ha llegado.

MORO

De todo corazón le doy la bienvenida;
y que se haga su santa voluntad.

TENIENTE

Ha quedado tan clara vuestra sabiduría,
y la dulce paciencia en vuestro cautiverio
ha demostrado siempre tanta fidelidad
y firmeza cristiana en medio de las penas,
que damos testimonio de que estáis preparado.

MORO

Oh, no, señor Teniente.
Yo le agradezco a Dios la paz de mi conciencia,
aunque esté con el mundo un tanto en desacuerdo.
Pero no durará demasiado, confío.
¿Cuándo es la ejecución de vuestra orden?

TENIENTE

Por la mañana.

MORO

Bien, os doy las gracias.
No he vivido tan mal que ahora tema a la muerte.
Anoche sufrí un cólico;
pero hoy el rey me envía una receta única.

Se lo agradezco, ya no he de temer al cólico.

TENIENTE

En la vida y la muerte, alegre Tomás Moro.

MORO

[*al criado*] Alcánzame, muchacho, el orinal.

Se lo da.

Ja, veamos. Hay piedras en el agua.

Y sin embargo, juro

que este hombre bastante más viviera

de haber querido el rey. Bueno, muchacho, llévatelo.

CRIADO

¿Lo llevo al médico, señor?

MORO

No, ahórrate el trabajo. Y yo, los honorarios.

Mañana al alba tomaré una dosis

que curará este cólico, sin duda.

—Señor teniente, ¿qué nuevas hay de milord de Rochester?

TENIENTE

Ayer por la mañana fue llevado a la muerte.

MORO

¡Duerma con él la paz del alma!

Era prelado reverendo y sabio,

con una personalidad muy rica.

TENIENTE

Pues si él era tan rico, ¿qué tendrá sir Tomás,
que fue lord canciller todo este tiempo?

MORO

¿Eso pensáis, señor teniente? ¿Cuánto
os parece que un hombre que ha sido canciller
el tiempo que yo he sido ha podido ganar?

TENIENTE

Tal vez, milord, dos mil libras al año.

MORO

Señor teniente, elevo una protesta

de que nunca en mi vida tuve forma

ni de ganar al año unas cien libras.

Creo que he sido el canciller más pobre

que ha habido en Inglaterra, aunque quisiera,
por la fama del puesto, tener más propiedades.

TENIENTE

Es muy extraño.

MORO

Se verá que es cierto.
Con la parte mayor de mi peculio
compré las mercancías más extrañas
de las que nunca hayáis oído hablar.

TENIENTE

¿Mercancías, milord?
¿Puedo, sin ofender, preguntaros por ellas?

MORO

Simples muletas y raídos mantos
para soldados cojos y estudiantes sin medios
se llevaron los frutos de mi cancillería,
esos que la Corona confiscaría hoy.
Si sois un caballero, os lo suplico:
haced por consultar copia de mi inventario.
La parte de poeta que me fue concedida
me volvió manirroto;
a todos este mal nos aqueja:
jamás ahorró un poeta, ni lo hará.

Entran LADY MORO, *llorando*, HIJAS
[*entre ellas* MARGARET ROPER], master Roper.

TENIENTE

¡Oh noble Moro! Vuestra esposa,
milord, y vuestro yerno y vuestras hijas.

MORO

Bienvenido, hijo. Bienvenidas, esposa e hijas.
¿Por qué lloráis? ¿Porque vivo tranquilo?
¿No me veáis, cuando canciller,
siempre agobiado por peticionarios?
No podía dormir ni comer ni cenar en paz.
Aquí no hay nada de eso. Aquí puedo sentarme
a hablar con mi guardián durante medio día.
Reíd, y estad alegres. ¿Por qué habéis de llorar?

ROPER

Si fuesen por el largo cautiverio, las lágrimas
se habrían ya secado en el consuelo
de que, aunque preso, aún estabais vivo.

MORO

Vivir en una cárcel, ¿es vivir?
El rey —se lo agradezco— me quiere más que eso.
Mañana seré libre
de ir donde me plazca,
siempre después de despachar un trámite.

LADY MORO

Ah, esposo, esposo, os resignáis.
Pensad en vuestra pobre esposa y vuestras hijas.

MORO

Esposa, así lo he hecho: os dejo a todas
al amparo de Aquel que tiene —el Padre
de la viuda y el huérfano—
el poder de guardaros mucho mejor que yo.

ROPER

Siempre el mundo, milord, os tuvo por prudente.
No sería un descrédito para vuestra prudencia
ceder a la opinión potente del estado.

MORO

Me he engañado a mí mismo, lo confieso;
y, tal como decís, admitirlo, hijo Roper,
no sería un descrédito para mí en absoluto.

LADY MORO

(dispuesta a marchar) ¡Que lo sepa su alteza de inmediato!

MORO

No, oídmeme, esposa: antes pensé
pedir un buen barbero para mi barba; ahora,
cambié de idea. Era un trabajo perdido.
Que la corte el verdugo con la cabeza y todo.

MARGARET ROPER

Padre, su majestad, si mansamente os sometéis
bajo su gracia, dicen, os volvería a recibir
y con el mismo crédito que antes.

MORO

No así, niña. A fe mía que mi señor el rey

me ha encomendado otro pequeño asunto.
Hija, de haber pasado todo ya
le diría algo sobre esa cuestión.
Pero próximamente tengo cosas que hacer
y no podré ocuparme.

LAS DOS HIJAS

¡Ay, querido padre!

LADY MORO

¡Ay, querido señor y esposo!

MORO

Consolaos, buena esposa, con vivir y querer
a mis hijos: te dejo mi cuidado de ellos.
Hijo Roper, por mí, que te he querido tanto,
y por su virtud, haz muy feliz a mi hija.
—Muchacha, guarda siempre tu virtuosa modestia
y ten orgullo sólo del amor de tu esposo.
La modestia es vestido tan favorecedor
que no pasa de moda, y que sienta tan bien
a la mujer humilde como a la emperatriz.
Nada que el oro pueda comprar es la mitad
de rico ni hay adorno que igual os favorezca.
Vivid todos y amaos mucho y así
daréis a vuestro padre el mejor funeral.

LAS DOS HIJAS

La bendición, querido padre.

MORO

Tengo que ir
—Dios os bendiga— a hablar con Dios, que ahora me llama.

LADY MORO

Querido esposo...

MORO

Dulce esposa, buenas noches, buenas noches.
Que nos envíe Dios su luz eterna.

ROPER

Creo que nunca antes se habían despedido
más tristes corazones en la Torre.

*Salen Lady Moro, las hijas y Roper por un lado;
Moro, el Teniente y los criados por otro.*

ESCENA XVII

Junto a la Torre. Hay un patíbulo.

Entran los dos Alguaciles de Londres y sus guardias por una puerta, los Guardianes con sus alabardas por otra.

1^{er} ALGUACIL

Guardias, ¿qué hora es?

GUARDIA

Casi las ocho.

2^o ALGUACIL

Hemos de darnos prisa entonces, no podemos tardar demasiado.

1^{er} GUARDIÁN

Alguaciles de Londres, buen día. El teniente ordena que vayáis hasta la Torre y que allí recibáis al prisionero.

1^{er} ALGUACIL

[*al guardia*] Decid a su merced que vamos prestos.

2^o ALGUACIL

Ordenad a los guardias que vayan despejando el camino del prisionero.

Entran el TENIENTE y su guardia, con MORO.

MORO

Gracias a Dios, hace un bonito día para viajar. Y qué bonito sería pasear por las terrazas de la Torre.

TENIENTE

Y si hubiera placido a mi señor el rey, ojalá que allí siempre hubierais paseado.

Solloza.

MORO

Pasaremos por un lugar mejor.
Oh, señor, vuestras lágrimas amables, cariñosas
son como aromas dulces:
vienen a embalsamar a vuestro amigo.
Dad las gracias a vuestra buena esposa;
mientras fui vuestro huésped me ha mimado, en verdad.

TENIENTE

¡Yo esperaba que no tuviéramos que despedirnos!

MORO

Pues tengo que dejaros por un rato,
una hora o dos, y ya podréis buscarme.
Pero habrá tantos que vendrán a verme
que me pondré orgulloso y no hablaré.
Se habrá vuelto tan mala mi memoria
que dónde habré dejado la cabeza.

TENIENTE

¡Dios y sus ángeles os acompañen!
—Aquí, señores alguaciles, recibid vuestro prisionero.

MORO

Buen día a los señores alguaciles.
Mucho agradezco que me recibáis.
Así mostráis que no habéis olvidado
que antes fui como sois ahora,
un alguacil de Londres.

1^{er} ALGUACIL

Señor, sabéis por tanto que el deber nos obliga.

MORO

Lo sé bien, aunque cuánto me habría yo alegrado
de que os hubieseis hoy ahorrado el cumplimiento.
[*al 2º alguacil*] Ah, master alguacil,
viejos amigos somos vos y yo.
Fuisteis oyente mío y muy paciente
cuando di en San Lorenzo lección de Teología.

2º ALGUACIL

Sir Tomás Moro,
os oí con frecuencia, como tantos,
para nuestro grandísimo consuelo.

MORO

Ruego a Dios que así sea ahora, de todo corazón.
[*al primer alguacil*] Y acabo de caer
que cuando estudié leyes en Lincoln's Inn,
os serví de abogado en una causa.

1^{er} ALGUACIL

No podría olvidarlo...

[*Cruzan la escena. Entra el Verdugo.*]

MORO

Oh, ¿es este ya el lugar?
Os aseguro que es un buen patíbulo.
Y ahora echo de menos una buena cabeza
capaz de improvisar un hermoso discurso...
Bien, subamos en nombre del Señor.
[*al verdugo*] A fe, que me parece vuestra escalera débil.
Os ruego, buen amigo, que me echéis una mano
para ascender. Para bajar,
podréis dejarme solo, que ya me apañaré.

Mientras sube, entran los condes de SURREY y SHREWSBURY.

Mis señores de Surrey y Shrewsbury, dadme la mano antes de despedirnos. Ya veis, aunque place al rey elevarme tan alto, no me he vuelto orgulloso; cuanto más alto, mejor veo a los amigos que me rodean. Ahora me voy a hacer un largo viaje, y este extraño caballo de madera me tiene que llevar más allá. Pero por vuestras caras noto que os gusta tan poco mi comisión que ni uno de vosotros se atreve a venir conmigo. (*caminando*) De verdad, qué galería tan dulce. Me gusta el aire que se respira aquí más que el de mi jardín en Chelsea. Si me lo permitís, buena gente que habéis abarrotado así mi alcoba, si no me molestáis, me echaré a dormir aquí profundamente.

SHREWSBURY

Milord, estaría bien que el mundo conociese
vuestro enorme delito contra su majestad.

MORO

Milord, dejaré este legado al verdugo, y lo haré ahora. (*Le da su túnica.*) Confieso que su majestad siempre ha sido bueno conmigo, y por haber ofendido a su alteza he pasado de abogado de la Corona a actor escénico —aunque soy viejo y tengo mala voz— para representar esta última escena de mi tragedia. Le enviaré, por mi ofensa, una cabeza reverente: un poco calva, pues ninguna cabeza debe estar cubierta ante tan alta majestad. Si eso no le place, como creo que entonces mi cuerpo me servirá de poco, pues que entierre la una y se lleve el otro.

SURREY

Milord, milord, hablad con vuestra alma.

¿No veis, milord, que el tiempo de la vida es muy corto?

MORO

Lo veo, mi buen lord. Ese asunto lo despaché anoche. Aquí sólo vengo a que me sangre el verdugo. Dice mi médico que es bueno para el dolor de cabeza.

VERDUGO

Os lo suplico, milord, perdonadme.

MORO

¿Que os perdone, por qué, buen hombre?

VERDUGO

Milord, por vuestra muerte.

MORO

¡Oh, mi muerte! Preferiría más bien que estuviese en tu mano perdonarme, pues tú tienes la posición más tajante contra mí. La ley, mi honesto amigo, está ahora en tus manos. (*Le da la bolsa.*) Aquí tienes tu estipendio. Y, amigo mío, que se despache mi asunto ya; pues duele igual morir lentamente que vivir con el peso continuo de un pleito. Pero te digo que mi cuello es tan corto que, aunque decapiteis a cien nobles, jamás conseguirías ganar tanta fama con ello. En consecuencia —toma nota, caballero— hazlo bien, o te doy mi palabra de que no volverás a tener nada que ver conmigo.

VERDUGO

Vuestros deseos son órdenes, milord.

MORO

Una cosa más: cuidado con cortarme la barba. Ah, se me olvidaba, al final la ejecutaron anoche, y su cuerpo ya está enterrado en la Torre. Un momento, ¿no es posible escapar de esta guardia tan fuerte? Se puede.

Hay algo en mí que subirá, llevándose
lo que es mejor más allá de la vista
de mis débiles ojos. Y, alguaciles,
a pesar de esta tropa de acero que vigila,
me escaparé volando para el Cielo.
Busquemos, pues, los medios para huir.

VERDUGO

Os lo ruego, señor, quitaos el jubón.

MORO

No me habléis con frialdad; ya estoy muy ronco
y no quiero ponerme peor de la garganta.
Señaladme el lugar; es la primera vez que vengo.

VERDUGO

Hacia el Este, milord.

MORO

Pues hacia el Este.

Nos vamos suspirando; y luego, a descansar.

Aquí abandona Moro la risa. Y con razón:
el loco, con su frágil vida de carne, muere.

Que ningún ojo eche una triste lágrima.

Nuestro nacer al Cielo tiene que ser así:
vacío de temor.

Sale, con el verdugo.

SURREY

Un caballero sabio y de mucho valor
el yerro sella con su sangre. Ahora
vayamos a cumplir, tristes, nuestros designios;
mientras él ya se encuentra en el perfecto estado.

Salen.

FINIS

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
SUMARIO	4
PRÓLOGO	5
NOTA DE LOS TRADUCTORES	16
TOMÁS MORO	18
ESCENA I. Una calle de Londres	20
ESCENA II. El juzgado	25
ESCENA III. Una sala palaciega en Londres	34
ESCENA IV. Saint Martin, en Londres	38
ESCENA V. Casa consistorial	42
ESCENA VI. Puerta de Saint Martin	45
ESCENA VII. Cheapside	55
ESCENA VIII. Chelsea. Una sala de la casa...	62
ESCENA IX. Chelsea. Casa de Moro	73
ESCENA X. Whitehall. La cámara del Consejo del rey	87
ESCENA XI. Jardín de la casa de Moro	92
ESCENA XII. La torre de Londres	97
ESCENA XIII. Chelsea. Una sala en la casa de Moro	99
ESCENA XIV. La puerta de la Torre de Londres	108
ESCENA XV. Chelsea. Patio interior en la casa de Moro	112
ESCENA XVI. La Torre. La cámara de Moro...	115
ESCENA XVII. Junto a la Torre. Hay un patíbulo	120